

REVISTA
DE
FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Depósito legal: M. 550-1058

Tomo XLIX

ENERO-DICIEMBRE 1966

Cuadernos 1.º-4.º

LOPE ATACA LAS SOLEDADES DE GONGORA

(Comentario y edición de una carta inédita ¹).

Todo el que se enfrenta con la vida de Lope o con la vida de Góngora se siente no ya impulsado, sino obligado a plantearse el problema de las relaciones de amistad y enemistad, de estima y desestima, que mediaron entre ambos poetas ². Y no sólo mueve a ello el hecho de contrastar dos

¹ Aunque en trabajos anteriores hacemos referencia e incluimos citas de esta carta inédita que hoy publicamos, queremos, en este nuevo ensayo introductor, comentarla más ampliamente, insistiendo, en especial, en la relación entre Lope y Góngora en ese momento de la polémica de las *Soledades*, que, precisamente, se inicia con la correspondencia entre ambos —como cabezas de grupo—, a la que corresponde esta carta. Por otra parte, en estos comentarios de hoy hacemos algunas indicaciones a cuestiones previas que fueron las especialmente tratadas en esos artículos citados —o que se consideraron más por extenso— a fin de no hacer totalmente imprescindible la lectura de los mismos para la cabal inteligencia de la carta que hoy damos a conocer. Así, pues, el lector interesado por conocer con más detalle el momento anterior de arranque de la polémica puede ver nuestros trabajos: *La polémica de las Soledades a la luz de nuevos textos. Las Advertencias de Almansa y Mendoza*, en *RFE*, 1961, XLIV, pp. 29-62; *Aspectos desconocidos de la polémica de las Soledades. Una carta inédita de don Antonio de las Infantas, amigo de Góngora*, en *Miscellanea di Studi Ispanici*, 1962, núm. 1. Univ. de Pisa. Pisa. Como trabajos de síntesis con referencia a aspectos generales hemos publicado también sobre el mismo tema *Los comienzos de la polémica de las Soledades, de Góngora*, en *Romanistisches Jahrbuch*, 1962, XIII; *Aspectos desconocidos de la polémica de las Soledades*. Comunicación presentada en el primer Congreso internacional de hispanistas celebrado en Oxford del 6 al 11 de septiembre de 1962. Publicado, en resumen, en las *Actas...* Oxford, 1964. El texto completo de la comunicación lo hemos publicado en la revista *Folia Humanistica*, 1964, II, núms. 19-20. Barcelona. También en relación con el tema puede verse nuestro artículo de interpretación del dicho poema: *Espíritu y vida en la creación de las Soledades gongorinas. (Por qué se escribieron y por qué no se terminaron)*, en *Papeles de Sons Armadans*, 1963, junio, número LXXXVII.

² Basta citar dos libros fundamentales como buenos ejemplos de lo dicho. Así el de ARTIGAS: *Don Luis de Góngora y Argote. Biografía y estudio crítico*. Madrid, 1925, y el de KARL VOSSLER. *Lope de Vega y su tiempo*. Madrid, 1940. 2.^a

grandes temperamentos distintos y dos actitudes estéticas contrapuestas, en las que, además, se enfrentan rasgos esenciales de lo castellano y de lo andaluz. La crítica se sentirá movida siempre a detenerse en esa relación por corresponder a dos genios cuyas psicologías interesan por sí mismas y para penetrar en la intimidad de sus creaciones y, además, porque esas relaciones son algo cambiante, contradictorio y complejo, que nos arrastran a adentrarnos en busca de una explicación de esa complejidad de lo humano y, en consecuencia, de lo estético y de lo español.

Por dichas razones, la crítica ha considerado muchos de los momentos de esa relación y lucha literaria, sobre todo los ataques y sátiras que mutuamente se dirigieron, pero, por falta de datos —y, en parte, por imprecisión de fechas de los escritos y cartas de ambos—, no se ha detenido en el punto central y decisivo para la vida literaria de la corte y para la vida literaria de Góngora, cual fue el momento de la polémica de las *Soledades*. Así, Astrana Marín —en su *Vida azarosa de Lope de Vega*—, entre otras afirmaciones muy discutibles y apasionadísimas, llega a decir, con motivo del envío de las *Soledades*, de Góngora, a la corte, que «Lope apenas se ocupó de estas locuras de don Luis»¹.

Como escrito importante de Lope de fecha próxima a la de ese poema sólo se tenía la carta *echadiza*, que se veía era de contestación a otra perdida de Góngora, difundida en Madrid por Andrés de Almansa y Mendoza —el que repartió también en la corte las copias de las *Soledades*—; pero no se había pensado —según hoy hemos hecho ver— en una polémica epistolar —entre el grupo Lope y el grupo Góngora— que estuvo determinada, precisamente, por la forma en que se difundió en la corte el dicho poema con el comentario de Mendoza y que fue, además, el comienzo de la polémica entablada seguidamente a través de los importantes y conocidos escritos como el *Antídoto*, de Jáuregui, y el *Examen* del mismo, del abad de Rute.

El hallazgo de un manuscrito —existente en la Biblioteca del duque de Gor, en Granada— en que se hallaban reunidos una serie de textos referentes a las *Soledades*, comenzando por los dos citados y seguidos y completados con un *Parecer*, del mismo abad de Rute, sobre dicho poema, las *Advertencias*, de Mendoza, para inteligencia del mismo, la *apología*

edición. Como trabajo reciente dedicado a comentar esta relación entre ambos poetas, puede verse el artículo de JOAQUÍN ENTRAMBASAGUAS. *Góngora y Lope o examen de un desprecio y de una admiración (Al filo de dos cuatricentenarios)*, en *Punta Europa*, 1961, mayo.

¹ *Ob. cit.*, 2.ª edic., corregida y aumentada. Barcelona, 1941, p. 239.

por unas décimas, y un grupo de cartas —entre ellas dos inéditas—, una de un amigo de Góngora, y otra, al parecer, de Lope, como cabeza del grupo antigongorino de la corte, nos ha permitido replantear el estudio de esta polémica sobre una base más abundante y precisa de datos y documentos ¹.

Precisamente el arranque de dicha polémica está alentado y centrado por los ataques y contraataques que, a través de cartas, se dirigieron el grupo antigongorino, movido por Lope, y el grupo cordobés, que, desde su ciudad, dirigía Góngora, aunque el primer escrito de tono polémico fueron las *Advertencias para inteligencia de las Soledades*, escritas y difundidas, junto con el poema, por el gongorino Almansa y Mendoza, quien en ellas contestaba y retaba a los que censuraban la nueva obra de Góngora —parcial o aisladamente conocida en la corte—, emplazándoles a emitir por escrito y abiertamente sus censuras ². Fue Lope, aunque de una manera velada y presentándose como amigo, el primero que se atrevió a contestar, dirigiéndole a Córdoba a don Luis una carta, en la que, entre elogios e ironías, con burlas y veras, impugnó categóricamente el nuevo poema. Esa carta, aunque en mala copia y sin fecha, era conocida, pero no se había relacionado con ese grupo antigongorino capitaneado hábilmente por Lope ³. Así, no se había tenido en cuenta por la crítica gongorina y lopista al plantearse la cuestión de la lucha literaria entre Lope y Góngora.

Creo acertaba plenamente Azorín al afirmar que Lope fue una obsesión para Góngora, y Góngora, una obsesión para Lope ⁴. Cuando se enfrentan personalmente por primera vez, después de sus encuentros literarios romanceriles, debieron comprender que no llegarían nunca a

¹ Este manuscrito, aunque con varios textos, estaba catalogado como si sólo contuviera el *Antídoto*, de JÁUREGUI. DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO es seguro lo tuvo en sus manos, pues, aunque nada dijo —ni nombró— de los textos que hemos dado a conocer, sin embargo, en su *Historia de las ideas estéticas* hizo una cita de un *Contra Antídoto* visto en esta biblioteca, que es el *Examen* que figura en dicho manuscrito a continuación del escrito de Jáuregui. Artigas buscó este escrito, pero, seguramente, por la forma en que está catalogado el volumen, no lo encontró.

² Véase nuestro artículo ya citado en *RFE*, 1961, XLIV, pp. 29-62.

³ Puede verse el texto en la edición MILLÉ de las *Obras completas de don Luis de Góngora y Argote*, que reproduce el que dió a conocer PAZ Y MELIÁ en *Sales españolas* (2.ª serie). Aparece —como en este manuscrito— con el título *Carta escrita a don Luis de Góngora en razón de las Soledades*. Citamos por el texto de la Biblioteca del duque de Gor.

⁴ *Lope en silueta*. Madrid, 1935, p. 50.

entenderse; pero, al mismo tiempo, les quedaría la certidumbre de que no podrían olvidarse. Tenían amigos comunes, que mutuamente procuraron cultivar y atraer. Siempre demuestran interés por saber el uno del otro, recoger la opinión que tenían del rival y exhibir el elogio de su obra. Es verdad que Lope, a veces, proclamó su admiración hacia Góngora y procuró atraerlo. Pero ello no era sólo por un deseo de cordialidad; también buscaría poder exhibir la opinión de Góngora a su favor, que, para él, valía más que la de todo el público que le aplaudía en los corrales. Por otra parte, atento siempre a *dar gusto* a ese público, difícilmente se hubiera podido contener en hacer chistes y burlas a costa de los cultos en sus comedias.

Esa actitud hace que, inconscientemente, tanto a uno como a otro, se le interponga o venga a la pluma la referencia al nombre del rival. Quevedo se lo reprochaba al cordobés al contestarle al soneto satírico «*Anacreonte español no hay quien os tope*». Así le dice:

*Y al pobre Lope de Vega
te lo llevaste de paso
sólo por llamarse Lope,
de tu consonante esclavo*¹.

Es indiscutible que Lope y Góngora se miraron siempre recíprocamente con preocupación, con recelo y con envidia. Aunque no se lo quisieran confesar a sí mismos, cada uno se sentía, en el fondo, deseoso de poseer las dotes que adornaban al otro. Quizás porque comprendiese cada uno que ello era, precisamente, lo que a él le faltaba. Lope, aunque entre ataques punzantes encubiertos, confesó, a veces, claro y rotundo, su admiración por el cordobés. Y a Góngora, aunque patentemente no se manifestara en él más que la sátira y el desprecio, sin embargo, se le escapa entre líneas el reconocimiento de algunos valores del rival, que eran precisamente los que envidiaba.

No es la ocasión de detenernos en los comienzos de esa rivalidad literaria. Millé hizo acertadas observaciones sobre los posibles primeros tiroteos literarios de estos dos grandes creadores y renovadores del *romancero nuevo*, adelantando su primer encuentro a 1585. Precisamente la contienda tuvo como arma esos romances que, con tanto dominio, manejaban, pues presenta el romance de Góngora de dicha fecha *Ensillenme el asno rucio* como clara parodia del famosísimo de Lope *ensillenme el potro rucio*. El segundo encuentro romanceril que recuerda

¹ Véase ARTIGAS. *Ob. cit.*, p. 116.

Millé es el determinado por el romance del cordobés de 1591 *A vos digo, señor Tajo*, contestado por otro del madrileño, de hacia 1593, *Bien parece, padre Tajo*. Es extraño que la crítica, al plantearse este tema de la rivalidad entre Lope y Góngora, no haya revisado estos juicios del buen conocedor y editor de Góngora ¹.

Este fondo o escape del sentimiento que impulsaba la actitud de Góngora se descubre, a nuestro juicio, en 1598 ó 99, cuando Lope, contenido en su incesante producción de comedias —a causa del cierre de teatros ordenado como señal de luto a la muerte de la infanta doña Catalina, hermana de Felipe II— se entregó a escribir montones de obras y fue lanzando, una tras otra, *La Arcadia*, *La Dragontea*, *El Isidro*, y —aunque no la publicó entonces— *La Hermosura de Angélica*. Esta fecundidad desbordante sacudió fuertemente a don Luis. Procuró aguarle la fiesta cuanto pudo. Un soneto tras otro iban saliendo para impedir saborear el éxito, precisamente, de las obras con que Lope hubiera querido triunfar plenamente, por las que ansiaría haber recibido algún elogio de su rival.

Entre esos sonetos satíricos destaca el dirigido *A cierto señor que le envió la Dragontea de Lope de Vega*. En él no solamente hay sátira y certera caracterización de la psicología y dotes del gran madrileño; hay también, en el fondo, reconocimiento y elogio de valores. Más aún: se descubre lo que de Lope envidiaba Góngora. Cuando afirma del madrileño que «*potro es gallardo, pero va sin freno*», Góngora, aunque vea y censure la impetuosidad desbocada del poeta que crea, sobre todo, por puro instinto, falta de reflexión y saber, sin embargo él, como cordobés que aprecia la belleza y vitalidad del caballo, está reconociéndole una gallardía natural, que, en el fondo, le seduce. Pero, antes de ello, en el arranque del soneto, le ha reconocido esa fecundidad desbordante como algo incomparable; descubre que era, para él, el único poeta de Castilla cuya creación se levantaba como algo que le obsesionaba. Ahí Góngora lo está elogiando rotundamente: se le ofrece Lope como *la más fértil vega que baña el Tajo*. Esto es: le concede el primer lugar fuera de Andalucía. Cuando cierra el soneto, el orgullo del poeta andaluz se impone; pero no puede ocultar que desearía conseguir esa vitalidad y fecundidad de Lope. Ese sentimiento le hace exclamar, en un ansia incontenible de poder sacudir el ocio y demostrar su capacidad de poeta andaluz frente al madrileño:

¹ Véase: *Sobre la génesis del Quijote*. Cervantes, Lope, Góngora, el «*Romancero general*», el *Entremés de los romances*. Barcelona, 1930, p. 33 y ss.

*¡Oh planeta gentil, de el mundo Apeles,
rompe mis ocios, porque el mundo vea,
que el Betis sabe usar de tus pinceles!*

Ese ocio fue lo que Góngora quiso sacudir cuando, espoleado por el desengaño sufrido en la corte en 1609 —según canta, entre burlas y veras; en sus famosos *tercetos*—, se encerró en Córdoba, en su huerta, en la intimidad de la naturaleza y de sus devotos amigos, entregándose a una creación de poeta solitario que culmina en las *Soledades*.

Fue ésa la época de su vida en que Góngora se entregó plenamente a la creación poética. Por eso, cuando hace unos años intentamos trazar un esquema de la misma, estructurándola de acuerdo con los móviles que la impulsaron, centramos en estos años el capítulo dedicado al poeta; porque entonces esencialmente y con pasión se entregó al cultivo de la poesía¹. Fue, así, el momento en que cambió su orientación estética, aunque no cambiase el material poético que venía manejando —cada vez más rico y pulido— desde sus comienzos. Refugiado en su Córdoba, y algún tiempo en Granada —y no en Madrid, como supuso Artigas en su gran biografía—, donde también tenía amigos que le admiraban y comprendían, crea entonces una buena serie de composiciones breves y, sobre todo, sus grandes creaciones, en que manifiesta su nueva intención estética.

Así, diríamos que, reforzando su andalucismo, en una actitud de menosprecio de la corte y de sus poetas, aprovecha las ocasiones que se le presentan para ofrecer, en su poesía, la superación y cambio de las grandes

¹ Ya en nuestro libro sobre *Góngora*, (Barcelona), 1953, insistimos en lo profundo de ese desengaño sufrido por el poeta en la corte en 1609 y lo decisivo que ello fue, por su actitud de huida y menosprecio de aquélla, para que buscara el apartamiento y se consagrara a la poesía. Como comentamos en nuestro citado libro y más por extenso en nuestro trabajo *Espíritu y vida en la creación de las Soledades*, el cambio psicológico profundo tuvo su consecuencia en la estética gongorina. Las últimas investigaciones documentales realizadas por el gran maestro de los estudios gongorinos Dámaso Alonso nos han permitido conocer cómo todo ese verano lo pasó don Luis en la corte retenido por la lenta tramitación de la causa que se seguía contra don Francisco de Aguayo, el caballero que había dado muerte a su sobrino, y cómo terminó ésta con una sentencia definitiva que fue un *verdadero insulto a la justicia*. (*Para la biografía de Góngora. Documentos desconocidos*, publicados por DÁMASO ALONSO y LULALIA GALVARRIATO. Madrid, 1962). Se explica, pues, ahora, mejor todavía, que don Luis saliera indignado, echando pestes de todos los señores de Madrid y que quisiera consolarse, apartándose incluso de la ciudad, en la huerta de don Marcos, en el campo cordobés, entregado al goce de la vida de la naturaleza, de la lectura y de la creación poética. Ya ARTIGAS supuso que en esa quietud del campo debió escribir el *Polifemo* y las *Soledades*. (*Ob. cit.*, p. 118).

creaciones que, en los distintos géneros de la lírica, le ofrecía la tradición clásica y manierista. En primer lugar, al producirse la toma de Larache, escribe su famosa *Oda*, donde supera, con nueva expresión, la canción heroica herreriana que todavía había pesado —aunque parcialmente— en su *Canción a la Armada que fue a Inglaterra*. Tras de ella, se lanza a la renovación de otro género preferido por la tradición renacentista: la fábula mitológica. Es posible —según se ha dicho— que fuese la publicación de la fábula de *Acis y Galatea*, de Carrillo de Sotomayor, lo que le impulsó o animó a dar un personal desarrollo del tema ovidiano en el *Polifemo*, de acuerdo con su estética, ya abierta a lo barroco. Lo que debe a la tradición es importante, sí; pero no más de lo que deben análogos temas mitológicos al arte renacentista en las versiones pictóricas de Rubens o en algunas escultóricas del Bernini.

Pero la plena realización de ese ideal estético que alienta en el Góngora de ese momento exigía la completa renovación temática; esto es lo que emprende en su poema cíclico las *Soledades*; donde, además, un hondo sentimiento de solitario le presta su aliento ideal y nostálgico, en el que sigue resonando el tono de desengaño y menosprecio de corte de quien huyó asqueado de ella para buscar, en la naturaleza y en la poesía, el motivo y la vía de expresión de lo más íntimo de su alma de hombre y de poeta.

El sentido pictórico descriptivo —tan elogiado en el poema por Carducho— se impone plenamente en su estilo, y a su eficacia contribuye la asociación de toda clase de halagos sensoriales.

La conciencia de su saber y maestría de poeta le lanzó entonces a ofrecer a la corte, con gesto soberbio y desafiante, la primera parte de su poema, que consideraba como la plena realización de su nueva aspiración estética. Pero, como es sabido, antes, en forma algo reservada, lo dio a leer a varios de sus íntimos en demanda de aprobación y consejo. Así le envió la primera *Soledad* al humanista Pedro de Valencia —que le contestó el 30 de junio de 1613—¹, y, a fines de ese año o comienzos del siguiente —durante el invierno—, se la remitió también, junto con lo que tenía escrito de la segunda, al no menos sabio don Francisco Fernández de Córdoba, abad de Rute². A uno y otro le solicitaba insistentemente

¹ Sobre este punto, véase ARTIGAS, *ob. cit.*, y, especialmente, el trabajo de DÁMASO ALONSO. *Góngora y la censura de Pedro de Valencia*, incluido en su gran libro *Estudios y Ensayos gongorinos*. Madrid, 1955, p. 286 y ss.

² Sobre este escrito, véase el artículo donde lo dimos a conocer, *Elogio y censura del gongorismo. Un «parecer» inédito del abad de Rute sobre las Soledades*, en *Clavileño*, 1951, núm. 11, y el más extenso y general, *El abad de Rute y el gongorismo. Anotaciones a sus escritos sobre las Soledades*, en *Ateneo* (Revista de la Universidad de la Concepción, Chile), 1961, núm. 393.

su parecer y consejo. Ambos le contestaron elogiosos —aunque más comprensivo el segundo—, encumbrándole hasta la más alta cima de la poesía, pero reprobándole categóricamente la oscuridad.

Oídos los pareceres de los amigos humanistas y retocado el poema, don Luis confió a su amigo y admirador Almansa y Mendoza difundiera en la corte copias de la *Soledad* primera, que ya se conocía por algunos y estaba determinando comentarios duros y burlescos. Debió ser esto en 1614 o incluso ya a comienzos de 1615. El entusiasta correveidile literario escribió entonces unas *Advertencias para inteligencia del poema*, que repartió juntamente con éste. Las dedicó, precisamente, al duque de Sesa, con cuya familia, al parecer, había tenido relación como servidor ¹.

Tenemos que reconocer que el papel de Mendoza como difusor de las *Soledades* en la corte fue eficaz. Como hombre a quien se encontraba en todas partes —cuya principal actividad literaria era la de cronista de acontecimientos de la corte—, hecho a la adulación y al elogio interesado, no debió dejar sala de noble, aposento de letrado, celda de docto, corrillo literario, ni corral de comedias adonde no llegara el poema acompañado de su propio comentario. Las cartas de Lope que publicamos confirman esta simultánea difusión.

A Góngora no le interesaba imprimir sus versos. Evitó que los *romances* recogieran algunos de sus romances y ni siquiera cuidó de conservar sus escritos. Buena prueba es que cuando, por necesidad, se decidió más tarde a imprimirlos, tuvo que acudir a Córdoba para que le buscaran copias de ellos. Y cuando los tuvo reunidos —obras en verso y en prosa— volvió con ellos a Córdoba y, sin cuidar se copiaran, los donó a su sobrino —sabiendo que podía darle dineros—, que los dejó perder.

El interés de Góngora en aquellos momentos decisivos —en que compone el *Polifemo* y las *Soledades*— era sólo demostrar su saber y dotes de poeta, presentar un poema que sólo él podía hacer y con el que ningún escritor de la corte podía competir. En este sentido e intención de divulgar el poema por toda la corte, Mendoza consiguió su propósito. Pero hay que reconocer también, por otra parte, que el descrédito general que tenía éste en el ambiente cortesano no favoreció nada a Góngora en cuanto que no podía ser defensor de autoridad. El nombre de Mendoza quedó demasiado unido al suyo, ya que era el representante y portavoz

¹ Las hemos editado en nuestro trabajo aparecido en *RFE*. Para el conocimiento de la personalidad de Mendoza, véase la información y bibliografía que allí se cita.

único de su nuevo poema. Esto fue lo que hizo se crecieran sus enemigos, que no se habían atrevido, en un principio, a romper el fuego dando la cara. Góngora confiaba demasiado en Mendoza y confiaba demasiado también en que temerían a sus sátiras. Creería que, según le había dicho el abad de Rute en su *parecer* sobre el poema —aunque fuese censurable la oscuridad de su estilo—, *no habría tan atrevido presuntuoso que le impugnase* «estando tan bien defendido con sólo el nombre de su autor». El tono precisamente, presuntuoso y desafiante, de las *Advertencias*, de Mendoza, colmó la indignación de los que se sentían, como Lope, Jáuregui y Quevedo, con fama y saber. El temperamento impulsivo de Lope —y en un momento en que era aclamado por su teatro como único, con nombre fuera de España— mal podía soportar las expresiones despectivas que le llegaban por la vía insoslayable de su señor, el duque de Sesa, a quien le habían sido dedicadas y enviadas pensando en que sería asunto a consultar con su secretario y confidente.

Creo, pues, cada vez más firmemente, que las *Advertencias*, de Mendoza, que acompañaron a las copias de las *Soledades* difundidas en la corte fueron el principal determinante de la reacción y ataques que se dirigieron al poema y a su autor. De no aparecer ese escrito, ni Lope, ni Quevedo, ni Jáuregui hubieran reaccionado con la violencia que lo hicieron. Como en otras ocasiones hemos referido, el hecho de que Mendoza, al enumerar en su escrito los autores que creía capaces de poder juzgar en cuestiones de poesía, omitiera a los dos últimos, significaba un desprecio que mal podían aguantar dado su carácter. Ya Lope, que conocía la soberbia de Jáuregui, en su *carta echadiza* —tercera, como hemos dicho, de esta polémica epistolar— le recordaba a Góngora que, si le hubiera demandado su opinión a aquél sobre las *Soledades*, no le hubiera atacado en la forma que lo hizo. Y en cuanto a él mismo, que tan bien conocía, y tanto despreciaba, a Mendoza, debió molestarse, al sentirse especialmente aludido, cuando viese dedicadas las *Advertencias* a su señor y confidente, el duque de Sesa. Comprendería que Mendoza, aprovechando su relación con la casa del duque y conocedor de la afición del mismo a la poesía de don Luis, había querido que, de una manera especial, llegaran a él los comentarios del poema, donde se aclaraban algunos de los pasajes que se habían censurado públicamente, entre otros, por él mismo.

De sobra sabía Mendoza que, junto al Duque, el primero que iba a leer sus *Advertencias* era su secretario, que tan entregado y atado estaba a su señor en esos años. Además, por esa misma razón, sabía que Lope, conocedor del gusto que el de Sesa sentía por la poesía de Góngora, no podía atacar a éste dura y abiertamente. Por otra parte, las *Advertencias* tenían mucho de reto jactancioso. Pedían a los censores del poema salie-

ran a la palestra a dar la cara públicamente y decir por escrito lo que de boca estaban propalando por todas partes.

Así, como ya hemos comentado en otros trabajos en que dimos cuenta de estos textos desconocidos, era natural que Lope se sintiera aludido por el escrito de Mendoza y que no se frenara ante el gesto despectivo, desafiante de las *Advertencias*. Y también era natural en él que acudiera a una forma encubierta o disimulada para atacar. Era la cabeza del grupo cortesano que censuraba el poema del andaluz y, como tal, tenía que dirigir el ataque. Quiénes eran esos poetas y hasta dónde intervinieron en la redacción de las cartas, no lo podemos precisar; pero se ve, por la réplica de Góngora, que se sabía era un grupo. Lope no querría, además, dar la cara —no sólo porque tenía cosas que ocultar y, más entonces, recién ordenado—; tampoco querría molestar a su señor, el de Sesa, que gustaba de la poesía de don Luis y, asimismo, a otros amigos de éste en la corte, que eran también amigos suyos. Por eso, seguramente, cargó en firme, en su primera carta, sobre Mendoza, al que nadie apreciaba. Era, además, un medio indirecto de hacer daño al poeta andaluz.

El hecho es que Lope —y su grupo— no pudo contenerse, y, en esa forma solapada, presentándose como amigo que aconseja sincero, le envió a Córdoba su carta para persuadirle se apartara de la locura que suponía el haber escrito las *Soledades*, si es que eran suyas, y no obra del propio Mendoza. La mala intención de esa hipótesis no podía ser mayor. Esa carta conocida desde hace tiempo —aunque sin atribución a Lope y mala copia, incompleta y sin fecha— podemos afirmar hoy, al atribuírsela, se escribió el día 13 de septiembre de 1615.

Como es sabido, Góngora contestó a esa carta madrileña en tono duro y violento. La copia fechada que de este escrito de don Luis hemos encontrado nos permite afirmar, además, que esa contestación fue inmediata. Contestó a los pocos días: el 30 de septiembre. Y también sabemos hoy que, no bastante satisfecho de todo lo que había dicho en su carta, comisionó a su amigo don Antonio de las Infantas para que también contestara al disimulado enemigo. Así, éste lo hizo el día 15 de octubre, rebatiendo, párrafo a párrafo, el escrito madrileño en un tono pretencioso y desafiante, y procurando, en su final, provocar se descubriera la cabeza oculta del grupo enemigo, o sea, el propio Lope¹. Y, por si todo esto era poco, Góngora lanzó seguidamente un grupo de versos satíricos —en los que no faltaba el buen chiste sucio—, descubriendo equívocamente,

¹ Véase nuestro trabajo citado en *Miscellanea di Studi Ispanici*, donde se edita el texto completo.

en uno de ellos, que se dirigía en concreto al propio Lope. Nos referimos a las siguientes décimas:

*Por la estafeta he sabido
que me han apologizado:
y a fee de poeta honrado,
ya que no bien entendido,
que estoy muy agradecido
de su ignorancia tan grasa,
que aun el sombrero le pasa;
pues imputa obscuridad
a una opaca Soledad
quien luz no enciende en su casa.*

*Melindres son de lechuza,
que en lo umbroso poco vuela
el que en las tinieblas suele
no perdonar a una alcuza.
Musa mía, sed hoy Muza.
Si empuña, si abraza acaso
lanza y adarga el Parnaso,
volved por el honor mio,
aunque no está, yo lo fio,
en la Vega Garcí Laso ¹.*

Como ya hemos dicho en otros trabajos, hemos encontrado también la contestación del encubierto enemigo madrileño a dichas cartas de Góngora y de don Antonio de las Infantas. Tardó en hacerlo, pero lo hizo más por extenso y más seguro de sí que en la primera carta y también con más violencia y peor intención. Esta es la carta que hoy damos a conocer, aunque ya hemos hecho referencias a ella al editar las *Advertencias*, de Mendoza, y la *carta* de don Antonio de las Infantas.

Las razones que este encubierto autor, que identificamos con Lope, alega como móviles que le impulsaron a contestar a la carta de don Luis, son, concretamente, la intervención de don Antonio de las Infantas y el hecho de que el cordobés lanzara sus versos satíricos contra la carta que le enviaron a Córdoba: el ver «que V. m. prosigue en hazer versos con su acostumbrada graciosidad, ofendiendo la carta del ausente, como si fuera de enemigo y que para ello mete obreros valiéndose de la autoridad del señor don Antonio de las Infantas». Las composiciones satíricas a que alude esta carta del grupo capitaneado por Lope figuran también en este

¹ Damos la versión que figura en el manuscrito de la biblioteca del Duque de Gor.

manuscrito granadino, copiadas precisamente delante de la carta que hoy editamos. Aunque se trata de versos conocidos, no se habían puesto en relación concreta con esta polémica epistolar, e incluso alguno de ellos, no incluido en el manuscrito Chacón, se había fechado erróneamente en 1613. Es éste el soneto *A los que dijeron contra las Soledades*, que comienza *Con poca luz y menos disciplina*.

Con él forma el grupo de versos satíricos lanzados entonces —el manuscrito Chacón los fecha bien—: los sonetos *De los que censuraron su Polifemo* —que comienza: *Pisó las calles de Madrid el fiero*— y *Alegoría de la primera de sus Soledades* —que comienza: *Restituye a tu mudo horror divino*— y que en este manuscrito se encabeza: *Don Luis de Góngora, a la Soledad, persuadiéndola que deje la Corte*. También lanzó entonces las dos décimas —ya copiadas—, que comienzan: *Por la estafeta he sabido*.

Podemos aceptar que, en efecto, este encubierto autor pensó callar ante la carta de Góngora, pero también cabe suponer que, partiendo dicha carta del grupo de Lope y siendo, por tanto, éste el autor o inspirador de la misma, aplazara el contestar por la poderosa razón de que tuvo que salir de Madrid hacia los días en que se divulgaría en la ciudad por Mendoza la carta de Góngora¹. Lope comprendería que no era posible contestar a la carta de don Luis a vuelta de correo; había que pensar la contestación. Pudo, pues, aplazarla y dejarla para su vuelta. Claro es que, en este caso, tuvo tiempo de haber escrito durante su viaje. Pero, aunque admitamos esta explicación de que el retraso fue sólo para dar tiempo a pensar y acumular argumentos, sin embargo, ello no quita para que, ante esa nueva contestación de don Antonio, con tono de suficiencia y autoridad, y ante la propagación de los versos satíricos, se indignara más y se sintiera empujado, con más fuerza, a contestar.

Hay cierta ironía en su referencia a la actividad de ese *obrero* que había *metido* en su ayuda. Desde luego, los versos *graciosos* no le habían hecho mucha gracia. Pensemos que la indignación ante la carta del amigo de don Luis se explica mejor suponiendo que el autor de este escrito es sólo Lope, que, lógicamente, consideraría a don Antonio entre los imitadores gongorinos, sólo como uno más de esa *mísera caterva* que él despreciaba. A don Luis se le podía consentir soberbia y tono de sufi-

¹ Es sabido cómo Lope se ausentó de Madrid, camino de la frontera de Francia, a comienzos de octubre de ese año, acompañando —y con toda ilusión— a su señor, el duque de Sesá, que figuraba en la comitiva de la infanta Ana Mauricia, que iba a casarse con Luis XIII, y a recibir a doña Isabel de Borbón, que, simultáneamente, se desposaba con el príncipe don Felipe. A la vuelta de la frontera, con la parada en Burgos y en Lerma, no llegaron a Madrid hasta bien entrado diciembre.

ciencia —y más pudiéndose disculpar como reacción instintiva de defensa o *primer movimiento*—; pero no a este joven poeta, sólo conocido dentro del rincón cordobés, que venía, además, a intervenir después de haber escrito el maestro.

Ahora bien, que le molestaran los versos satíricos tiene más explicación si consideramos, de una parte, que él se sentía autor de la primera carta —contra la que iba el soneto con la gracia del gigante Polifemo—, teniendo en cuenta que las décimas iban, directa y concretamente, dirigidas a Lope de Vega.

Ésas composiciones satíricas que, como ataque burlesco más duro —y, en parte, sucio—, lanzó Góngora frente a la primera carta que le dirigieron desde la corte, *en razón de las Soledades*, conviene considerarlas en relación con esta y con las demás cartas de esta polémica que editamos y comentamos. Creo que es forzoso reconocer que la alusión a un escrito o memorial que se hace en el soneto de defensa del *Polifemo* se refiere precisamente a la dicha carta, ya que sabemos fue ésta el primer escrito que apareció en contra de los poemas de Góngora y que en esta carta, que hoy publicamos, se da dicho soneto como ofensivo para el autor de la primera. Por otro lado, como ya hemos visto, todas ellas, los tres sonetos y las dos décimas, están aludidas, aunque sea en general, en la segunda carta madrileña: era una de las razones, como hemos visto, por las que su autor se había decidido a no callarse y disculpar la violenta carta de don Luis. Ahora bien, en una carta de Lope, se reconoce que unas décimas de Góngora le habían sido dirigidas a él: «y a fee, señor —le decía al duque de Sesa—, que si Vex^a. se descuida de mí, que me podrá hazer don Luis de Góngora otras segundas dezimas con la mitad del verso de Virgilio, que ya tambien me debo yo de parecer a Coridón»¹. No creo pueda asentirse a la opinión de Entrambasaguas cuando supone que debe referirse en esa frase a la décima *Dicho me han por una carta y En vuestras maros yo creo*².

Las dos décimas lanzadas como réplica a la primera carta madrileña creemos contienen, al final, una alusión concreta a Lope, aunque velada en un juego verbal conceptuoso. La forma en que le habían dirigido a Góngora el ataque no permitía a éste la réplica violenta y directa contra el que suponía su autor o inspirador. Por eso indignó más al grupo de Córdoba, comenzando por don Luis, la censura madrileña. Sabían quién

¹ *Epistolario de Lope de Vega Carpio*. Edic. de GONZÁLEZ DE AMEZÚA. Madrid, 1941, III, carta núm. 163, p. 165. El editor la fecha con duda en octubre de 1614, puede que sea de 1615.

² *Artículo cit.*

era la cabeza que movía todo el ataque contra las *Soledades* en la corte; pero, por quedar encubierto y presentarse como amigo, les impedía atacar abiertamente. Góngora habla en su carta de lo encubierto de ese grupo, de esos discípulos ocultos como Nicodemus. En sus versos satíricos se atrevió a apuntar hacia Lope, pero en una forma ambigua y velada que no podía ser pie seguro para una réplica. Sin embargo, Lope, como vemos, se dió por aludido.

El primero que vio en estas décimas un ataque contra Lope fue Forner, aunque él las estimó como contestación a dos sonetos del madrileño —los publicados en el *Parnaso español*— en que ataca a Góngora: «se dispararon evidentemente —dice— contra la mordacidad de Lope dando a entender Góngora en la traviesísima alusión que contiene, dos casos: uno, que Lope era el caudillo de los que satirizaban; y otro, que aunque tenía apellido de Vega, no por eso residía en él el espíritu de Garcilaso, que tuvo el mismo apellido; y, por consiguiente, era enemigo poco temible»¹.

Las décimas de don Luis están escritas con una habilidosa mala intención, para hacer resbalar a quien le replicara. Se ve, pues, que pensaba en el tropezón de Lope, puesto que a él están dirigidas. Pero quien resbaló en el *apologizar* fue Jáuregui, que estaba terminando su *Antídoto* cuando las décimas circularon por Madrid y quiso, ingenuamente, aprovecharse del supuesto error como remate de su escrito. Así, le ataca por la ignorancia que suponía —atendiendo al sentido corriente del significado de apología— el empleo de la palabra *apologizar*, ignorando que Góngora la empleaba como cultismo en un sentido precisamente contrario. Por esto cayó sobre él, para darle la puntilla —como complemento de la buena estocada que supuso el *Examen del Antídoto*—, don Francisco Fernández de Córdoba, que, para mayor regodeo, tituló su escrito *Una apología por una décima del autor de las Soledades*².

Pero si esa intervención del abad de Rute con dicho *Examen* constituye la aplastante defensa que, con su aguda crítica y gran saber, vino a decidir el triunfo de Góngora en el ambiente literario de la corte, es posible, por otra parte, que su anterior juicio sobre las *Soledades* —que, a requerimiento suyo, le envió antes de que se divulgaran por Mendoza—, diera alguna confianza a Lope para lanzarse a censurarlas y satirizarlas en sus dos cartas.

¹ *Reflexiones sobre la lección crítica de Huerta*. Madrid, 1786. Lo cita ADOLFO DE CASTRO en *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, BAE, XXXII. Madrid, 1854, p. 484, nota.

² Véase EUNICE JOINER GATES. *Don Francisco Fernández de Córdoba defender of Góngora*, en *Romanic Review*, 1951, XIII, núm. 1.

Aunque el aludido *parecer* del abad de Rute sobre las *Soledades* le fue enviado a don Luis con mucha reserva, como escrito rebosante de sinceridad, de quien se sentía unido a su autor, no sólo por la admiración —que llegaba a estimarlo como el primero de los poetas—, sino, además, por la vieja amistad; sin embargo, creemos muy posible que llegara a conocimiento del duque de Sesa, como pariente próximo de don Francisco e interesado por la poesía del cordobés. Ello supone, naturalmente, que de su mano pasaría a la de su secretario y confidente.

Decimos esto porque la actitud de Lope lanzándose a escribir a Góngora censurándole las *Soledades* supone —además de la espontánea reacción de su temperamento impulsivo ante las *Advertencias*, de Mendoza— el sentirse sobre una base más firme que la que le proporcionaban los argumentos de los enemigos del cordobés. Aún más seguro parece que conoció la *carta* de Pedro de Valencia —más divulgada y en varios meses anterior al dicho *parecer*—, cosa que le estimularía en el mismo sentido; pero, además —repetimos—, hay indicios para suponer que conocía o sabía algo del primer escrito. Ello se acusa —aparte de esa general actitud que demuestra su primera carta— en esta segunda réplica a Góngora y a su amigo, que hoy publicamos.

A Lope debía satisfacerle plenamente la postura crítica y demás razones que en el dicho *parecer* mantenía don Francisco Fernández de Córdoba, quien, en conclusión, venía a pedirle a su amigo don Luis sólo un poco de moderación. En el fondo de sus ilusiones poéticas, a Lope le atraía el estilo gongorino; lo que no aceptaba eran los excesos, la extremosidad en el acumular figuras u ornamentos poéticos y, en general, repetir los recursos cultistas. Como el abad de Rute, se oponía al gongorismo sólo por razón de grado o intensidad del cultismo. Cuando el madrileño razona poco tiempo después, con más serenidad, sobre la *nueva poesía*, adopta, en cierto modo, uno de los razonamientos y comparaciones que, con fuerza plástica muy expresiva, había presentado el humanista amigo y admirador de Góngora. Recordemos cómo Lope, en su respuesta a *un papel*, comparaba el exceso de ornato del estilo gongorino, el *hacer toda la composición figuras* con el hecho *vicioso e indigno* que supondría «una mujer que se afeita, habiéndose de poner la color en las mejillas, lugar tan propio, se la pusiese en la nariz, en la frente y en las orejas»¹.

Aunque la elección de la figura femenina como término de comparación parezca algo natural y espontáneo en la sensibilidad de Lope

¹ *Respuesta a un papel que escribió un señor de estos reinos en razón de la nueva poesía*, en *Obras sueltas*, de LOPE. Edic. Sancha, tomo IV. Se publicó por primera vez en *La Filomena*. Madrid, 1621.

es muy fácil fuese sugerida por el pasaje del parecer de don Francisco, reprobándole a Góngora el hecho de producir oscuridad en su poema por la «demasia de tropos y schemas, parenthesis, apposiciones, sinecdoques, metaphoras y otras figuras artificiosas y vizarras cada una de por sí y a trechos y lugares convenientes»; «¿quién duda —le decía— que para aumentar la hermosura de las damas se inventasen para la cabeça apretadores, rosas de diamantes, rubíes, esmeraldas, plumas de la mesma materia; para las orejas çarçillos, arracadas de oro y pedrería; para el cuello y pecho cadenas, cabestrillos, randas, sartas de perlas y brincos?». El autor —aunque delata, bien, se recrea con la acumulación barroca— concluía razonándole a don Luis que, si alguna *se cargase* de todo ello cabeza, orejas, cuello y pecho, «grangearía opinión de rica, pero no de cuerda ni de hermosa, pues serviría de ofuscar y encubrir su hermosura, antes que de acrecentarla tal concurso y muchedumbre de joyas... ni luzirian ellas por preciosa que fuese cada una». La comparación —creemos— era muy del gusto de Lope y, partiendo de ella, cargando la intención burlesca, pudo llegar a ese símil antes citado.

Viendo Lope la sinceridad con que don Francisco le manifestaba su opinión a Góngora declarándole cómo le quería hablar claro, aunque todos se callaran y no intentasen disuadirle de la oscuridad de sus *Soleidades*, se explica mejor que él se atreviera a adoptar la actitud del amigo que aconseja, aunque sin contener las descargas de ironía.

El abad de Rute, tras censurarle, con toda clase de argumentos, a su amigo don Luis la oscuridad de su poema, le había insistido en la consideración de que *muchos lo veían, aunque se lo dijeran pocos* «Anteponiendo... la adulación y estimación de sus ingenios a la verdadera amistad», y terminaba su escrito reiterando su estimación y amistad, con el ofrecimiento —en el raro caso de que hubiese alguien que se atreviera a atacarle— de «salir en defensa suya a qualquiera estacada, armado de pluma y libros».

De forma análoga, Lope, en el comienzo de su carta, se declara no ya amigo, sino *devoto*. Con ironía le dice a don Luis que dudaban *algunos devotos* fuese suyo el poema divulgado por Mendoza y, tras de ello, agrega: «y yo que por tantas obligaciones lo soy en extremo, se lo he querido preguntar». El elogio apasionado sigue, pero para dar más fuerza a la ironía que le sucede. Ahora bien, el final es otro ofrecimiento de amistad para defender el poema. Aunque haya hablado de *vicio* y de *disparate*, deja como remate —con intención dudosa— una puerta abierta de amistad para intervenir en su defensa: «y, pues, las invenciones —dice— en tanto son buenas en cuanto tienen de útil, honroso y deleitable, lo necesario para quedar constituídas en razón de bien, dígame V. M. si hay algo

de esto en ésta su novedad, para que yo convoque amigos que la defiendan y publiquen, lo que no será pequeño servicio; pues las más importantes siempre tienen necesidad de valedores».

Algunos rasgos o alusiones aisladas de esta segunda carta que hoy publicamos, igualmente, hacen pensar que Lope conocía el *parecer* del abad de Rute y quería, hábilmente, apoyarse en sus razones. Así, la manera rápida como le recuerda la anécdota de Apeles recibiendo el consejo del zapatero, parece un eco de uno de los párrafos del escrito de don Francisco. Se lo dice con pocas palabras, como dando por supuesto que ya se lo habían recordado con motivo de las *Soledades*, como ejemplo a seguir, venciendo la soberbia de escritor.

Por otra parte, igualmente parece tenía en la mente el dicho *parecer* al escribir esta segunda carta, cuando, recordándole a Góngora algunos nombres de doctos olvidados por Mendoza, al señalar los únicos hombres capaces de poder opinar en cuestiones de Letras —a pesar de ser muy pocos los que añade—, destaca precisamente al padre La Cerda. Dicho religioso —según explicaba ampliamente don Francisco para convencer a Góngora con su propio ejemplo de la conveniencia de atender los consejos— le era presentado a don Luis por su amigo y admirador como importante consejero que él había atendido para corregir varios puntos de su *Didascalia Multiplex*.

Nos revela esta carta, según hemos visto, un momento decisivo y apasionado de la polémica entre Lope y Góngora. No es extraño no tengamos en otros textos referencias a ella. Pensemos que tampoco de las cartas conocidas existen ni incluso copias de las mismas. De la primera del grupo de Lope y de la contestación de Góngora, la segunda copia conocida es la que aparece en este manuscrito que hemos encontrado. Además, aunque puestas ambas en relación no se había señalado la relación con Lope ni tampoco se habían puesto en relación con la *carta echadiza*, haciendo ver se trataba de una sola correspondencia. Tampoco se sabía nada de la carta de don Antonio de las Infantas. Ahora bien, leyendo el epistolario de Lope con el duque de Sesa, pueden encontrarse algunas referencias y, concretamente a esta que hoy publicamos. Aunque desgraciadamente muchas de las cartas de Lope al duque no las podemos fechar, sin embargo, aun tratándose de referencias vagas, sirven para ayudarnos a precisar algo más las hipótesis y conclusiones que pueden deducirse de esta polémica epistolar en torno a las *Soledades*. Creemos muy posible que esta carta que hoy publicamos es la aludida en una del epistolario de Lope (núm. 295), donde el madrileño habla al duque de varias cartas por las que, al parecer, éste tenía interés: «Las cartas

verá Vex^a. Señor —le dice—; la de Salinas a propósito, y las otras al tiempo; la que trata de Góngora no se ha copiado, que es de tres pliegos y no tengo oficial más que mi pluma, quando no ocupada, falta de buena letra»¹. Dada la extensión de la carta que editamos, puede pensarse se trata de ella, ya que la *carta echadiza* es claramente más breve, y aun todavía más la primera dirigida al autor de las *Soledades*. Porque, además, vemos que el duque seguía con interés la polémica; así se deduce de otra carta de Lope, en la que le dice: «De la repuesta de las *Soledades* no quedo codicioso, porque ha cinco años que la piensan...»². No creo sea atrevido suponer se está refiriendo a esta correspondencia entre la corte y Córdoba en torno al famoso poema. Y precisamente podemos pensar que esa espera debe corresponder a la contestación de Góngora a esta larga carta del grupo de Lope que hoy damos a conocer. No puede referirse a la primera contestación, porque ya sabemos que la réplica fue inmediata. Tiene que ser, pues, la segunda réplica que, desgraciadamente, no conocemos, aunque sepamos algo de su contenido por las referencias que hace Lope en su *carta echadiza*, con que le contestó al cordobés. Es la única que nos falta para tener completa esta polémica epistolar en torno a las *Soledades* que hemos puesto al descubierto y que constituye el núcleo inicial y arranque de la que, seguidamente, se entabla al lanzar Jáuregui su *Antídoto*.

De las tres cartas escritas o inspiradas por Lope en esta polémica de las *Soledades* es, indiscutiblemente, esta inédita la de más interés, y no sólo por ser la de mayor extensión. Si en la primera procuró andarse con cierta prudencia, con una táctica de tanteo, y si en la última —la *echadiza*— da clara y decididamente marcha atrás, desviándose intencionadamente del motivo de la polémica, en ésta nos ofrece el momento en que se sintió más seguro y respaldado y se lanzó, así, con más violencia y valentía al ataque. La gran extensión del escrito le permite ir cambiando de tono a través de sus párrafos y desahogarse a su satisfacción. Si replicaba a dos —don Luis y don Antonio—, él también contestó por dos.

Aunque con aspecto de sencillez y espontaneidad, la carta, en general, demuestra estar muy pensada, tanto en lo que dice como en la manera y tono con que lo dice. Continúa, como en la primera carta, manteniéndose una alternancia de elogio y reflexión seria junto a la malintencionada punzada, la anécdota o el chiste irónico, la burla y la censura más desca-

¹ *Epistolario cit.*, tomo cit., p. 286. El editor la fecha con dudas en la primera de 1617.

² *Epistolario cit.*, tomo cit., p. 293. Fechada con dudas en abril de 1617.

rada y rotunda. También, a veces, el gesto de desplante y el reto como de quien se cree apoyado no tanto en sí mismo como en una opinión más general. Todo esto se refuerza con múltiples referencias eruditas, unas veces en serio, otras en bromas, con la anécdota o el ejemplo que afecta tanto a lo propiamente literario como a la conducta o actitud del hombre y del poeta. No olvidemos que Lope gustaba también de tirar directamente a lo personal, sobre todo si era posible esconder la mano y escurrir el bulto confundiendo con el grupo. Además, hay que reconocer que el gesto mantenido por Góngora en su carta —aunque con su razón— era para remover hondo lo personal. Y para colmo, los versos graciosos que lanzó tras ella eran, en algunos casos, duros de tragar. A lo que, en general, no acude Lope en esta carta, a pesar de las varias citas de hechos, autores y ejemplos, es a la erudición seria de carácter puramente doctrinal. Citará alguna vez los preceptos horacianos y nombrará poetas, pero falta la referencia concreta a textos de tratadistas y a obras poéticas; lo que busca, especialmente, como decíamos, es la anécdota que tiene un valor —o puede aplicarse— a la burla y a la punzada irónica. En este caso, las citas llegan a ensartarse con profusión barroca. Es verdad que discurrirá, a veces, por su cuenta, por la línea del razonamiento serio, pero, en general, lo acertado y vivo está en la burla e ironía.

La exposición ordenada y comentada de su contenido permitirá —creemos— comprobar nuestras afirmaciones y, al mismo tiempo, podrá facilitar la lectura del escrito que editamos completo al final de esta introducción. Y tras de esa exposición, comentaremos la reacción de Góngora, aunque, para conocerla, sólo contamos con las referencias que a su contestación —hasta ahora desconocida— hace Lope al replicarle, otra vez, en su conocida *carta echadiza*.

Ya hemos dicho cómo Lope comienza su carta con largo y calmoso preámbulo, sin entrar en materia ni descubrir la violencia y burla de la intención que le mueve y que, a través del escrito, se va imponiendo. Como en la primera carta, deja aparecer el elogio previamente para reforzar más, después, la censura de las *Soledades*. Las ironías asoman, pero se frenan en sus párrafos iniciales.

Según vimos, da la primera carta como escrita por un amigo soldado que andaba por Madrid en el mes de septiembre y que, admirador de las cosas de letras, especialmente de don Luis de Góngora, al leer las *Soledades*, se había lanzado, con la mejor intención, a escribir a Córdoba para manifestarle cuál era, en verdad, la opinión de la corte y disuadirle del loco camino que había emprendido con su nuevo poema. Por haber marchado a Nápoles no había podido recibir la respuesta de don Luis ni la de su amigo don Antonio, ni tampoco los versos satíricos con que le

había ofendido. Pero, al declarar esa razón del viaje de su amigo, afirma que *a él, entre otros*, había llegado la *respuesta* de don Luis. Confiesa que, en un primer momento, pensó intervenir *para satisfacerle en parte* de su enojo «sirviendo a los dos de componerlo», pero, visto —dice con fiera ironía— que en don Luis «era menos la modestia de filósofo que la furia del poeta», prefirió callar, confiar en el tiempo y no *tentarle* «con nueva ocasión de manifestar la fragilidad de su prudencia». Temía que, si hablaba con su *ordinaria templanza*, pareciera *adulador*, y, si hablaba sin ella, la *osadía* de don Luis «la convirtiese en ponçoña». Así —le dice— «callaba persuadido que lo que Vm. escribió era primer movimiento que tanto escusan teólogos y no le estaba mal a Vm. que así lo entendieran todos pues no procediendo tal carta de tal principio los mayores amigos de Vm. la condenan por estrangera en los términos de cortesía y prudencia firmando también ésta sentencia su hijo Mendoça que se hallaba contento de poder escusarla por el camino de primer impulso». Pero —como anotábamos— viendo que don Luis «proseguía en hacer versos con su acostumbrada graciosidad ofendiendo la carta del ausente» y que para lo mismo *metía obreros* «valiéndose de la autoridad del Sr. Don Antonio de las Infantas»; por esto, y por no querer que, *por su silencio, juzgase de descortés, ni falto de suficiencia para responder*, a su amigo ausente, no quiso dejar a éste solo «el cuidado de responder por entero». Ello podía hacer —dice, incluso, desafiante—, porque «de las cosas que salen en público, en público se puede hablar» y —añade con retintín— «así lo pide Mendoça». Con un recuerdo, finamente irónico, para don Antonio de las Infantas termina su exordio, pidiéndole perdón por no ser breve; pero razónándole que, si se *alargaba más de lo que quisiera*, era por *responder a tantos papeles y por satisfacerle a él*.

El primer reparo que le hace a don Luis es el no haber tenido en cuenta los preceptos de Horacio, pues debió *dejar* «reposar sus obras, si no el tiempo que él aconseja, el necesario por lo menos para que salieran libres de descuidos»; pues no podía excusarse en otros poetas «siendo tan único en publicarse tal». A su juicio, esa *omisión tenía gran culpa en la desgracia de las Soledades*, y mayor en la carta «sembrada de contradicciones y opuesta a tantos principios de retórica». Como no pequeño fundamento de estas oposiciones, le reprocha de su carta que *escriba de sí que es vengativo*, «no pudiendo ignorar —le añade— que es contra prudencia, contra la luz de cristiano y contra la caballerescas (de que se precia tanto VM)». No cree admisible que *accepte la carta del soldado en cuanto hace en su favor y condene su lenguaje*; e igualmente la *grosería de tratarle de ignorante y que no ha de entender lo que escribe*.

Otra censura y recomendación que le hace seguidamente es pedirle

«no meter animales de cerda en papeles tan graves». Parece que aquí Lope no percibió bien la intención de Góngora cuando en su carta, adaptando las palabras evangélicas, había hablado despectivo para con el vulgo, refiriéndose a sus *Soledades*. Recordemos que don Luis le había dicho que le *había causado honra hacerse oscuro a los ignorantes —que era esa la distinción de los hombres doctos—*, añadiéndole como razón que «no se han de dar las piedras preciosas a animales de cerda».

Pero la intención de Lope, al recordar esa expresión de la carta de Góngora, la mueve el malévolo deseo de sacar a relucir trapos sucios, pues le restriega seguidamente «que las veces que a tomado semejantes inmundicias en la boca no ha salido tan limpio que no pudiera acordarse que ay Esgueva y uvo en él Musa que cantó las armas y el varón». Con muy mala intención, Lope le recordaba con esta frase los insultos personales y suciedades que le lanzó Quevedo —que usó el seudónimo de Miguel Musa— cuando Góngora escribió contra el Esgueva las décimas *¿Qué lleva el señor Esgueva?* Entonces el cordobés lanzó las *inmundicias* contra el río y don Francisco se las devolvió insultante, no al Guadalquivir, sino al propio don Luis.

En general —según dijimos—, vemos que Lope en esta carta evita el replicar a la parte seria y doctrinal del escrito de Góngora, mientras que procura sorprender todo lo que se le escapó al cordobés al escribir con precipitación, movido por la indignación y sorpresa que le había causado la inesperada carta madrileña. Así aprovecha la réplica y aclaración que dió Góngora al doble ataque de dicha carta, diciendo que no había «participado de la gracia de Pentecostés» y que «de alcanzó algún ramalazo de la desdicha de Babel». Para comprender el fundamento del ataque de Lope conviene recordar esa contestación de Góngora, y corregir de su texto el error con que se viene editando, pues, si no, dejaría de tener base el ataque del rival madrileño. Con respecto al segundo aspecto de la burla, contestó don Luis: «Al ramalazo de la desdicha de Babel, aunque el simil es humilde, quiero descubrir un secreto no entendido de VM. ni al escribirme. No los confundió Dios a ellos dandoles lenguaje confuso, sino en el mismo suyo ellos se confundieron, tomando piedra por agua y agua por piedra que esa fue la grandezza del milagro. Yo no envio las *Soledades* confusas, sino la malicia de las voluntades en su mismo lenguaje halla confusión por parte del sujeto inficionado. A la gracia de Pentecostés —continúa— querría obviar el responder, que no quiero a V. M. tan aficionado a las cosas del testamento viejo, y a mi me corren muchas obligaciones de saber poco dél, por naturaleza y por oficio». Quizá Góngora, con esa impertinente aclaración del texto bíblico y con esa salvedad última de no estar obligado al conocimiento de los textos

Sagrados, quiso recordarle a Lope que él sí lo estaba, como quien hacía poco se había ordenado de sacerdote; pero la verdad es que resulta confusa y ambigua quizás por la misma complejidad de intención. Así esa segunda frase es la que, con habilidad y mala intención, recoge esta carta, apoyando en la propia confesión del cordobés la pulla de judaizante que le lanza, cargando en el ataque y ofensa personal: «y no fuera de propósito —le dice— este memento homo para no levantar testimonio a la fiesta de Pentecostés haziendola del Testamento viejo, que me ha pesado por que no falta quien diga que por ser del Nuevo se le ha olvidado a V. m. conque pudiera excusar la confesión voluntaria de ignorar el primero, pues así se manifiesta forzosamente la igualdad con que V. m. a estudiado en los dos».

No contento con la ofensa de judaizante, ironiza sutilmente después *sobre la tan docta explicación* que le había dado sobre el que había calificado de *humilde simil de la desdicha de Babel*, pues su advertencia, aunque no procediera de soberbia, la había de estimar mucho su amigo ausente, autor de la carta. Y entre los argumentos que emplea para rebatirle, le recuerda que su advertencia o explicación era de menos importancia, porque, en la confusión de Babel, «tan castigada fue de los que hablaban como de los que oían, que entendiendo los unos que decían una cosa, los segundos entendieron otra, y esto mismo —concluye— ha sucedido entre V. m. y sus oyentes».

Pero más que los razonamientos, aunque a veces sean agudos y sepa aprovechar los descuidos que cometió don Luis por haber escrito con pasión y precipitación, son las ironías los medios que prefiere para atacar y descomponer al rival. Así, carga, seguidamente, contestando a la afirmación de Góngora —tan llena de doctrina en su fondo— de que no iban «en más que una lengua las *Soledades*, aunque podía, quedando el brazo sano, hacer una miscelanea el griego, latín y toscano con mi lengua natural». «Haganos V. M. merced —le contesta— de sacar a luz la miscelanea cuatrilingüe que ofrece, que es muy deseada y he visto a muchos muy aluorizados esperandola, porque de tal caudal nos prometemos un monstruo de erudición y agudeza». «Si bien —añade, descargando el ataque burlesco— algunos con invidia esperan el que pinta Horacio o el parto ridículo de los montes». Pero, tras la burla, adopta un tono serio, agregando sus razones de buen sentido, si bien demuestra no alcanzar la alta intención —verdadero imposible artístico— en que pensaba Góngora al hablar de esa miscelánea de lenguas fundidas con la castellana que constituía, para él, un ideal de universalidad poética, de la que quedó sólo como muestra su interesante soneto cuatrilingüe.

Así le opondrá su razón: «y hablando verdad en Vm. no sé si es acertado

divertirse a tantas lenguas, porque el río derramado en brazos enflaquece su corriente». Al consejo y al símil añade el toque de erudición, aunque sin remontarse ni precisar: «y eso mismo —continúa— dice el filósofo del entendimiento atento a muchas cosas diferentes. Bien lo entendió Aristipo quando alavandolo un hombre que sabia muchas cosas y diversidad de lenguas dixo que no invidiava él a los tales, sino al que sabia mucho, que como un estómago se corrompe con variedad de manjares, dexando de digerir unos por otros, decía él se ofuscava un entendimiento con diferencia de ciencia». Sigue en serio discurrendo sobre la dificultad de dominar una lengua extranjera para escribir en ella, concluyendo «que pocos o ninguno an escrito en lengua agena conceptos propios que merezcan nombre de poema». Pero, a renglón seguido, le dispara el ataque irónico, haciendo burla del pasaje de las *Advertencias*, de Mendoza, en que éste comentaba el significado de *poeses*, que fue recordado en elogiada mención por don Luis en su carta. Así, a lo dicho antes, le agrega: «más ésta miscelánea de V. m. ha de ser el Plus ultra no conocido hasta aquí, y quanto a la lengua griega buen principio le an dado V. m. y sus comentadores declarandonos lo que quiere decir aforismo y el *poeses* tan repetido en sus escritos, que quien esto alcanza no lo ignora todo».

En tono de burla se mantiene al comentarle a don Luis —como cosa muy conocida— el gran trabajo que le costaron las *Soledades*. Acude a la erudición de la anécdota histórica con la pretensión de hacerle ver en comparación la lástima del tiempo gastado en lo que no tenía importancia. Sobre todo, se regodea al referirle la anécdota burlesca que más podía herir al cordobés: «bien cierto es —le refiere— que trabajó mucho en aprenderlo él que metía garbanzos por la boca estrecha de un cántaro tirandolos de lejos uno a uno, y admirado su rey desta habilidad le mandó dar una hanega dellos para que la exercitase, que sciencia tan importante no merecía menos premio, más no se sabe que otro la imitase en aprenderla hurtandole la invención». Y por hablar de invención, se refiere a la de las *Soledades*, para burlarse de la afirmación de Mendoza, que había dicho: «que de oy en diez años parecerá menos mal»; y, pasado ese tiempo, debió comprender Lope, por experiencia propia, que el despreciado correveidile literario tenía en cierto modo razón.

Insistiendo en presentar el poema como mero disparate, vuelve, como en su primera carta —aunque sin reparos ni respetos de ninguna clase—, a intentar disuadir a Góngora de su innovación, al mismo tiempo que a burlarse de su soberbia de escritor que, en su carta, al estimar la poesía de las *Soledades* como algo que le honraba, le había afirmado de ella rotundo y satisfecho lo siguiente: «si entendida por los doctos, causarme ha autoridad, siendo lance forzoso venerar que nuestra lengua

a costa de mi trabajo haya llegado a la perfección y alteza de la latina». Si Góngora se excedió, soberbio, en el aprecio de sí y de su poema, Lope, en esta contestación, se pasó también de listo más de la cuenta, hasta la incomprensión más completa de la intención estética gongorina. Es lo que ocurre siempre en las polémicas. Posiblemente don Luis —por lo menos, así lo parece— no quedó plenamente contento de lo que, rápida y apasionadamente, había contestado; pero es aún más probable que el madrileño y su grupo se arrepintieran de esta y otras partes de su escrito. La poesía de Lope de fecha posterior así lo demuestra, por lo que tiene de asimilación y clara comprensión de la estética gongorina.

En este momento Lope y los suyos no piensan más que en la burla irónica que ridiculice el poema del cordobés. Con esta intención acude a la anécdota o chiste que rebaja hasta la locura su innovación poética. Sabían bien que este tono de burla y compasión era el que más podía dolerle a don Luis y a sus amigos. «Lástima es —le dicen contestando a la referida afirmación de su carta— que V. m. esté engañado dándose a entender que a costa de su trabajo a llegado nuestra lengua a la alteza de la latina, y que en tenerse por inventor desta maravilla se halle consolado de los muchos en que le han puesto las *Soledades*, y si yo no quisiera bien a V. m. dexásele estar en este pensamiento, que no se me a olvidado el chiste del que hallando loco a un hermano, después de una larga ausencia, y que era su tema decir que el puerto de Lisboa y los navios que en él entravan eran suyos, hizo tanta diligencia en curarle que sanó al enfermo, de que mostró mucho sentimiento, porque sano perdía el señorío de que en su imaginación gozaba estando loco, y agradeció a su hermano la voluntad y no la obra, más yo espero a V. m. lo agradecerá todo». Las anécdotas de historia de la antigüedad de casos de soberbia y vanidad se agregan después, para remachar el clavo.

La reflexión seria vuelve a aparecer para dar, tras ella, una carga más rotunda en el tono desafiante de verdadero reto. Considera que una de las excelencias de la lengua se debe a su extensión; así, «la que tuvo la latina procedió de la extensión de su imperio en el qual era ella vulgar... y desta misma extensión del imperio español —prosigue más abajo— procedió la de su lengua, sin debersele a V. m. de que no puede dudarse. Y así viene a estar el engaño en atribuirse V. m. la perfección que le debemos». Aquí, recordando la lista que dio Mendoza en sus *Advertencias* de personas capaces de juzgar en cuestiones de letras — señalando algunos que sabía respetaban don Luis y su amigo el abad de Rute— y conociendo que sus defensores, aunque le admirasen, le hacían reparos a la oscuridad de las *Soledades*, le lanza desafiante un reto, emplazándole a que presente tres opiniones de doctos que aprueben el parecer de don Luis.

Parte de esa orgullosa afirmación de éste respecto a la perfección a que había elevado la lengua castellana: «ésta —le dice— se a de verificar con ombres doctos españoles: Aquí ay más que en otras partes, que aunque Mendoza lo reduce a catorce pudiera acordarse de los Padres Pedrosa, Cerda, de Pedro de Valencia y otros hombres graves y doctos, que no sólo los que an hecho versos públicos son capaces de materias tan graves, y, si entre todos juntare V. m. tres pareceres aprovando el suyo, por el ausente doy palabra a V. m. que no le escribirá más sino que irá a gozar de la amistad que V. m. le ofrece de partido; que sin duda deven ser muy para goçarse el patinejo, la ama y mula, y las demás savandijas en quien libra V. m. el consuelo del aprieto en que le puso la carta del soldado». Como vemos, contesta con punzante ironía el final de la carta de Góngora; pero, aprovechando, de camino, la ocasión para aludir despectivo a don Antonio de las Infantas, llama sabandijas al grupo de poetas que rodeaban a Góngora. Pero el reto lo prolonga, jactancioso, irónico y despectivo, para los cordobeses y andaluces todos: «y porque juntar tres votos y en ese lugar —le insiste— dirá V. m. que no es muy fácil, y se quiere usar de benignidad, embiando V. m. aprobación del S. Doctor Alderete canónigo de la Sta. Iglesia quedará libre desta enfermedad que tantas veces le sale a la boca». Y aún le aprieta más: «Y si por desgracia no pudiese V. m. acaudalar ésta negociación, ya que el Sr. don Ant.^o en defecto de España acude a Italia porque los doctos de aquella provincia aprueven las *Soledades*, junte a V. m. de quantos ay en ella otros tres pareceres que no me e de volver atrás».

Confiesa, a renglón seguido, que se anima a ello *con seguridad*, porque ha comunicado con muchos hombres de las academias italianas que alaban nuestra lengua, «no porque en ella estén escritos poemas de más perfección... sino por la excelencia de aver hallado cómo decir en una redondilla un concepto y a veces más sin necesidad de otra para acabar de explicarle, y por aver adelantado tanto la perfección de los versos endecasílabos». Creemos que estos razonamientos acusan con claridad la actitud que, con respecto a la poesía tradicional, mantuvo Lope e incluso expuso en más de un escrito.

Al hablar del endecasílabo aprovecha la ocasión para censurarle la *partición del verso*, poniéndole el ejemplo de Virgilio, en el que raramente se da. Le razona que, si se considera como él «inventor de que nuestra lengua llegue a la alteça de la latina... obligación tiene de imitar y igualar a los principes della Cicerón y Virgilio por su camino cada cual»; y «de ninguno de ellos —le añade— se a dicho jamás que es intricado y confuso, y de las *Soledades* lo dicen casi todos en general». Si son opuestas a las obras de esos grandes poetas, le razona, es «que no llegan a su alteça»;

pues, por otra parte, si hubo *autores latinos de obscuro y desabrido estilo*, es porque escribieron *misteriosos sus conceptos*; las *Soledades*, en cambio —le concluye—, «son tan superficiales sus misterios que entendiendo todos lo que quieren decir ninguno entiende lo que dicen».

Por otra parte le razona «que no es perfección de nuestra lengua hacerla tan semejante a la latina» y, así, el obligar para entenderla a *preceptos de construcción dificultosa*, «solo es tomar lo peor de la latina», porque, aunque *se ha originado de ella*, «ya está tan adelantada que... se escribe por diferentes modos de la latina y propio suyo, y se lo han hallado sus escritores».

A juicio de Lope, tanto Góngora como sus comentadores sabían de sobra las complicaciones y dificultades de la lengua de las *Soledades*, pues, sin que en la primera carta del supuesto ausente se dijera «que no articula ni construye bien el romance», le habían imputado que oponía ese defecto al poema: «claro es —dice— que V. m. se lo conocía y le acusaba su conciencia para responder a esta objección, y cierto es que Mendoza y el oráculo de sus corolarios conocieron lo mismo y la urgente necesidad de prevenir respuesta, pues antes que saliesen en público las *Solcades* se apercibieron de comento, no enseñando ni representando su papel sin otro».

La carta de don Antonio de las Infantas, escrita bastantes días después de la suya, contestando «tan cuydada y tan cuerdamente... manifiesta bien la necesidad que dello conocía». Y más lo prueba sabiendo que don Antonio «no se movió a escribir en virtud solamente suya». Con satisfacción le restriega a don Luis la falta de seriedad del amigo, y defensor Mendoza, que «no es —le dice— de los más callados secretarios». «Y así —continúa— en algunas partes, bien que encargando el secreto a los oyentes, a dicho que aun V. m. no quedó con satisfacción de su primera respuesta ha hecho la segunda en la testa de ferro del Sr. don Antonio».

Le reprocha a continuación a Góngora que, a pesar de haber dicho que «su edad y estudios no estan ya para estas burlas», no se había *podido contener de decir gracias*, aunque —quizá por lo que le habían dolido— quiere rebajar el valor de «las décimas y sonetos... en razón destas materias publicadas», diciéndole que, si no *son de otro, o por lo menos* lo parecen.

El epílogo de la carta está dedicado esencialmente a aconsejar a don Luis *se contente con el buen nombre* que había adquirido con sus obras burlescas, «o pensando tratar materias graves no aver gastado tanto tiempo en lo primero». Le recuerda a este propósito cómo «aconseja Catón senior que no se ponga gran cuidado ni gaste mucho tiempo en las

de risa, porque el hombre que esto hiciere, queriendo tratar después de cosas importantes, también será ridículo, y burlado». En apoyo de su consejo, le recuerda también cómo los grandes poetas de la Antigüedad destacaron cada uno en una especial facultad o estilo.

Le declara, como final, que quedaría contento —si él se aplica «adelantándose siempre en el estilo que a empujado»—, «si consiguiera inercia tan general... pareciendome que a mi patria y a V. m. les e hecho un gran servido». «Este a sido mi intento principal —concluye— y si no me e dado a entender reciba V. m. la voluntad pues dado con ella uvo Rey que recibió y agradeció un jarro de agua».

El párrafo final de despedida —con un recuerdo para don Antonio con el consejo de que, si contesta esta carta, lo haga *fielmente* y no *adulterandola*— se carga otra vez de ironía, animándole precisamente a que le *favorezca* con su contestación. «Muy grande [cuidado]... tengo esperando la respuesta más aguda y menos cuerda que Vm. promete al ausente. Suplico a Vm. —termina— me favorezca con ella, que sería lástima se malograra».

Ante esta carta, como ya vimos, Góngora no se frenó; pero sí reflexionó y dejó pasar tiempo. Tardó en contestar. Como acabamos de indicar, es la respuesta a que Lope, al parecer tranquilo y satisfecho, se refería, en esa carta al duque, diciéndole irónicamente: «ha cinco años que la piensan».

Nos falta, hoy por hoy, esta segunda réplica de Góngora; pero la carta de Lope que a ella contesta descubre claramente que reforzó en ella el ataque personal y que, así, abiertamente dirigió en concreto sus tiros a éste o, por lo menos, en forma que el madrileño había de comprender. Y el punto concreto de ese ataque fue devolverle la tacha de judaizante que, con burla e ironía, hemos visto que le lanzó Lope; el cordobés se lo devolvió, diríamos, corregido y aumentado con mala intención, pues lo que hizo fue «llamarle hereje y alumbrado». No olvidemos que hacía poco tiempo que Lope, entrado en la crisis espiritual que le llevó al final al sacerdocio, había publicado escritos y versos religiosos y que en esos momentos, aunque sacerdote, y luchando a brazo partido consigo mismo, llevaba una vida no todo lo santa que debiera con los servicios poco dignos que había de hacer al duque de Sesá.

El tiro dió en el blanco; y, así, Lope, entre burlas y veras, se consideró obligado a sacar a relucir que era *ministro del Santo Oficio* y «sobrino de Miguel de Carpio, hombre —agrega— por quien hoy dicen en Sevilla cuando una cosa está caliente: ¡Quema como Carpio!».

Otra cosa de las que en esa carta perdida hablaba Góngora, y haciendo gala de ello, era de su paciencia. Y hay que suponer que se refería a su

paciencia con respecto a esta polémica. Lo sabemos, igualmente, porque a ello Lope le contesta templado, con su poco de ironía y con mucho de razón. Por cierto, al hacerlo, se refiere simultáneamente a aquella frase con que Góngora terminó despectivo su primera carta diciéndole: «procuraré ser amigo de quien lo quiera ser mio, y quien no, Córdoba y tres mil ducados de renta en mi patinejo, mis fuentes, mi breviario, mi barbero y mi mula, harán contrapeso a los émulos que tengo». Así, Lope le responde ahora a ambos puntos: «Alabe V. m. su ingenio, señor don Luis de Góngora, su sangre, sus letras, su virtud, su compostura, su patria, su hacienda, su casa, su patio y sus amigos, pero su paciencia eso no, pues no le ha quedado en este mundo qué maldecir sin perdonar a sus bienhechores, ni a las ciudades y güespedes donde le han servido, hasta los ríos, telas y edificios públicos». Y refiriéndose en concreto a sí mismo —esto es a Lope—, le pregunta en conclusión: «¿qué llama V. m. paciencia, llamarle hereje y alumbrado?».

También queda claro por la *carta echadiza* que Góngora había mantenido su postura de identificación y defensa ciega de Mendoza. Aquí es precisamente donde, sobre todo, carga y se extiende el madrileño, sintiéndose con razón sobre terreno más firme. Con innegable humor y acusando su experiencia de la vida amorosa, le dice, reprochándole esa ciega pasión por Mendoza: «muchos han tomado ocasión para decir que le sucede a V. m. como a las mujeres hermosas, que al declinar la edad se amanceban con oficiales, habiendo sido antes con Príncipes». Y, como ya dijimos antes, le recuerda que, por *haber fiado* a una persona como aquél la difusión de su poema, se *habían atrevido* a atacar su *inaccesible ingenio*. Si las *Soledades* «las enviara a don Juan de Jáuregui —le dice—, mejor supiera defenderlas que las ofendió con tan largos, aunque doctos discursos».

Gran parte de la carta, pues, está dedicada a hablar de Mendoza; y, de otra parte, a justificar a Lope —esto es, a sí mismo—, haciéndole ver los elogios que le había tributado en «aquel tan elegante como mal agradecido soneto que comienza: *Canta, cisne andaluz, que el verde coro*». Pero dándole la explicación de que el soneto de burla de las trasposiciones de una de sus comedias, Lope «le hizo por algunos mochuelos que aquí le imitan bárbara y atrevidamente». Ese punto era, pues, cosa a la que también replicaba Góngora en su contestación perdida.

El final de la carta de Lope es de un tono de retractación de la anterior —la que hoy publicamos—; le incita a que le dirija a él la respuesta mejor que a Mendoza, «que mejor sabrá defender —le dice— las figuras retóricas de sus escritos que los que las murmuran entenderlas».

En cierto modo, ese final es un ofrecimiento de paz y amistad; una

actitud y sentimiento que hay que reconocer que, en ese momento, era sincero y que, además —como ha reconocido la crítica—, siguió manteniendo más adelante. «Vivo —le dice— a la calle de Francos, junto a las mismas casas de Lope de Vega, a quien me holgaría que V. m. estimase no por su ingenio, sino por sus costumbres, y si esas no agradan a V. m., a lo menos por la obligación que le tiene y la paciencia con que ha resistido sus injurias».

El recurrir en esta carta a presentarse como un amigo de Lope, viviendo junto a él y ofreciéndole, en cierto modo, su casa, es, a nuestro juicio, el descubrirse claramente autor de las dos cartas anteriores, y el ofrecerle la amistad.

Como es sabido, Góngora fue duro y no quiso olvidar el daño que le había hecho a las *Soledades* con sus solapados escritos; sobre todo —según hemos dicho ya otra vez— no pudo olvidar que el primero que se lanzó por escrito contra su poema había sido Lope.

Es verdad que Góngora se impuso y que, tras el combate en que el saber y el sentido crítico de su amigo don Francisco Fernández de Córdoba, el abad de Rute, logró imponerse en la polémica, pudo volver a la corte en postura mucho mejor de lo que esperaban sus enemigos. El éxito del certamen poético de la Virgen del Sagrario, de Toledo, en el que su voz y estilo se impuso resonante, fue otro empujón más para abrirle las puertas de la corte.

La polémica epistolar había sido dura, y Lope, el que la inició, tuvo que cambiar de tono, quitarse un poco de en medio y buscar la amistad. Pero también, es verdad, que con sus cartas algún efecto consiguió. Góngora perdió la ilusión por su gran poema. La *Soledad* segunda, aunque estaba casi ultimada a su vuelta a la corte, no procuró divulgarla ni tuvo ánimo para darle fin, a pesar de que se lo pidieron. Se desentendió de ella. La razón principal está —según hemos dicho más de una vez— en que las circunstancias habían cambiado; un Góngora que había vuelto a quedar prendido en las ilusiones y esperanzas cortesanas no podía ya cantar de acuerdo con un espíritu de soledad y menoscupio de corte, cual el que había determinado el surgir de las *Soledades*. A pesar de su amor por el saber, la belleza y la perfección técnica, el arte no podía estar en Góngora totalmente divorciado de la vida.

Pero, en cuanto a su desinterés por el poema, debió contar el efecto de esas cartas de Lope; más seguramente que lo que hubiera podido frenarle la crítica del *Antídoto*, de Jáuregui. Aunque un estilo análogo persistiera en el *Panegírico al Duque de Lerma*, ya acorde con el estímulo y ambiente cortesano, su atención se desvió seguidamente hacia la forma tradicional del romance, en donde, entre bromas y veras, podía también

hacer alarde de su arte cultista y conceptuoso. En cierto modo, el dedicarse a esa creación era volver a las burlas, como le había señalado Lope en esta carta. El romance joco-serio de *Píramo y Tisbe* fue la única gran creación poética que realizó a partir de esas fechas; y precisamente fue la obra que Góngora miró con más cariño y predilección. Se ve que la consideraba como la más expresiva, no sólo de su arte, sino también de su natural manera de ser.

Si algún efecto tuvieron sobre Góngora las cartas de Lope, sólo pudo ser el dicho: desanimarlo, para que no continuara escribiendo las *Soledades*, y animarle a volver a la poesía burlesca, aunque fuese en la forma jocosidad de la fábula mitológica, que tanto alabó su comentarista Salazar y Mardones. Pero, en cuanto a la actitud personal de relación y estima hacia el madrileño, según decimos, no cambió nada ni con los ofrecimientos de amistad de la última carta ni aun con los múltiples elogios que le dirigió después, declarándole públicamente su estimación entusiasta. A nuestro parecer, con esos elogios, Lope, arrepentido de haber procedido con falta de nobleza en esa polémica epistolar, quería también —ya que, en el fondo, siempre lo admiró— compensar generoso el gran daño que le había causado con sus burlas e ironías. Además, viviendo en la corte años de triunfo apoteósico, aclamado por todas partes, hubiera deseado tener también un elogio del gran poeta andaluz. Esto es lo que Lope hubiera deseado exhibir. Pero Góngora se mantuvo duro e irreducible. También él hubiera querido el elogio de Lope cuando envió a la corte el poema en que había puesto todas sus ilusiones de poeta.

EMILIO OROZCO.

Universidad de Granada.

A P E N D I C E

Respuesta a las cartas de don Luis de Góngora y de don Ant.º de las Infantas.

Hallandose aqui en el mes de Sete. pasado un cavallero soldado amigo mio, aficionado a buenas obras, a ombres estudiosos dellas y a Vm. por estremo vio las Soledades que por ser de Vm. las deseavan muchos, y lastimandose de que entre tantos amigos ninguno desengañase a Vm. le escrivio una carta que pudiera ser principio pa. entender la verdad de lo que aca pasaba. Antes la comunicó con muchos suyos que en cosas de mayor importancia dan acertados pareceres, algunos aprobaron su deterruinación y yo quisiera que no la executara, porque si tengo a Vm. por aventajado en el estudio de la igualdad estoyca por serlo en la de la erudición poetica es mas conocido, y afirman tantos que esta tiene algo de furor

divino y mucho del humano, que siempre temí avia de arrastrar a Vm. a responder enojado y satirico admitiendo mal el desengaño, que merecía agradecimiento. Confieso a Vm. esta desconfianza mia, y que el dueño de la carta me convenció con que dexasemos el aborrecimiento de verdades para señores y validos que traen algodones de lisonjas en las orejas: que Vm. quando tuviera algo de uno o de otro, goza de tan superior ingenio y estudio en todas letras y buena policia que el se prometia muchas mercedes, y si bien el ánimo con que el escribió lo merecía, no me admiro del disgusto con que Vm. responde, pues como cabal en todo avrá querido imitar a Demorato enojado y agradecido con Orantes porque en un caso digno de reprehensión el primero le habló con blandura y el segundo con aspereza dando a entender el perjuicio de la adulación, pero mi amigo escribió sin ella y con cortesía, y a esto atribuye Vm. su compostura. él se fue a Nápoles y a mi entre otros llegó la respuesta de Vm. y como su servidor y amigo del ausente e querido algunas vezes satisfacer a Vm. en parte de su enojo sirviendo a los dos de componerlos, mas viendo que en Vm. es menos la modestia de philosopho, que la furia de Poeta escogí el silencio pareciendome que el tiempo pondría a Vm. en verdadero conocimiento de su obligación, y quise mas esperarle que tentar el sufrimiento de Vm. con nueva ocasión de manifestar la fragilidad de su prudencia pues escribiendo yo con mi ordinaria templanza me ponía en peligro de parecer a Vm. adulador y diciendo sin ella la verdad pude temer, que su desgracia y su azedia de Vm. la convirtiese en ponçona, así callava persuadido que lo que Vm. escribió era primero movimiento, que tanto escusan los teólogos, y no le estaba mal a Vm. que así lo entendieran todos, pues no procediendo tal carta de tal principio los mayores amigos de Vm. la condenan por estrangera de los términos de cortesía y prudencia firmando también esta sentencia su hijo Mendoça que se hallava contento de poder escusarla por el camino de primer impulso pues todos conocen la fuerza de una mas visto que Vm. prosigue en hazer versos con su acostumbrada graciosidad, ofendiendo la carta del ausente, como si fuera de enemigo y que pa. esto mete obreros valiendose de la autoridad del Sr. don Ant.º de las infantas aunque el ausente pudiera callar como Socrates, quando no cesando el que dél murmuraba en su presencia, se apartó callando de la conversación, y preguntando al murmurador porque se iba respondió el philosopho, que como el maldiciente tiene facultad de serlo él la tenia de callar, y no oirlo. acordandome de que admirado Archidamas de ver Alcateo orador famoso que en un banquete estuvo callando, y escusandose con decir que el orador no solo a de aprender a hablar bien, sino la ocasión en que lo a de hazer, se rrió mucho de él atribuyendo a ignorancia lo que procedia de sciencia y de cordura. No he querido escusarme de decir a Vm. la ausencia de mi amigo pa. que por su silencio Vm. le juzgue de discortes ni falto de suficiencia pa. responder a tantos papeles como salen cada día en su offensa dél y en favor de las Soledades, que en saliendo dellos bien cierto es que dan cuenta de si, y a Vm. satisfacion, y no lo desestime por no conocerle y por ser solo, que mayor Sr. era Philipo padre de Alexandro y gran politico, y philosopho; y si se enojó con Agis embajador espartano, porque venia solo a hazer su embajada, admitió aquella celebrada respuesta, que pa. un ombre sólo otro bastava, y porque yo también tengo mi animo de servir a Vm., no e de dexar al ausente solo el cuydado de responder por entero y quando faltandome estos buenos respetos imprimiera yo este papel no me hagan Vm. y el Sr. don Ant.º el cargo que al soldado pues de las cosas que salen en publico, en publico se puede hablar, y así lo pide Mendoça. Y acuerdese Vm. del famoso pintor, que estimó la advertencia del çapatero, no

digo que esta lo puede ser, que no presumo tanto más pido a Vm. que conozido mi zelo no sea ingrato, pecado tan aborrecido a todos ojos y si no como merezco agradescamelo Vm. como pudiere, que negar del todo obligaciones grandes solo se permite a principes por la posesion que dello an adquirido, a Vm. escribo a solas y porque no diga el Sr. don Antonio que le he faltado, este sea el exordio desta carta y antes que entre la narración perdoneme Vm. el no ser breve, que respondiendo a tantos papeles y lo que mas es, pa. satisfacer a Vm. no he hallado como sin ser mas largo de lo que quisiera.

Si Vm. como lo dice fuera observante de los preceptos de Horacio dexara reposar sus obras, si no el tiempo que él aconseja, el necesario por lo menos, para que salieran libres de descuydos, que aunque es general el que en esta an introducido algunos poetas nros., deseosos mas de gozar las flores y agudeça de ingenio, que la madurez y fruto de juicio, viciandose por no praticar lo más precioso de su arte, Vm. no puede excusarse con los muchos siendo tan unico en publicarse tal, en la observancia dél, mas en la disgracia de las Soledades, tiene gran culpa esta omisión, y mayor en su carta de Vm.; pues viniendo sembrada de contradiciones y opuesta a tantos principios de Retórica no se puede creer que proceda de malicia, si ya no predica Vm. pa. que se salven otros, y no es pequeño fundamento destas oposiciones ver que Vm. de principio a una carta suya escribiendo de sí que es vengativo, y no pudiendo ignorar que es contra prudencia, contra la luz de cristiano y contra la cavalleresca (de que se precia tanto Vm.) pues el pundonor que ésta tiene en las venganças le funda en la del duelo, la qual todas las satisfaciones de injurias remite a obras precindiendo de palabras, y si Vm. mirara en ello reconociendo en la suya que la carta del ausente es aviso de amigo no le dixera injurias tan desmedidas que no pueden vestirse, sino con sayo de colores. Admitir Vm. la carta del soldado en quanto hace en su favor, y condenando el lenguaje della, confessar Vm. que es el de sus Soledades es condenarlas Vm. mismo hablando la boca de la abundancia del coraçon, afecto cierto de las acciones repentinas con que quedara excusado Vm. de los descuydos de hasta aquí, que la diferencia del lenguaje qualquiera la conoce. Tratar al ausente de ignorante y que no a de entender lo que Vm. escribe ni tiene capacidad pa. ello, si es groseria Vm. lo jusgue y también si para decirlo por estos mismos vocablos es necesaria mucha habilidad, y bien pudiera Vm. no meter animales de cerda ni otras voces inmundas en papeles tan graves, pues en ellos vuelva por si Vm. sobre el caso de su mayor reputación en la facultad que professa, y las vezes que a tomado semejantes inmundicias en la voca no a salido tan limpio que no pudiera acordarse de que ay Esgueva, y uvo en él musa que cantó las armas y el varon y no saca Guadalquivir todas las manchas de Vezinguerra, y no era fuera de proposito, este memento homo pa. no levantar testimonio a la fiesta de Pentecostes haziendola del Testam.^{to} viejo que me ha pesado porque no falta quien diga, que por ser del nuevo se le a olvidado a Vm. con que pudiera excusar la confession voluntaria de ignorar el primero, pues así se manifiesta forsoçam.^{te} la igualdad conque Vm. a estudiado en los dos de cuya carta e enviado copia al ausente quitandole esta agudeza, de que Vm. a quedado pagado tantas vezes, porque si bien el soldado estudia pa. escribir comentarios, imitando a Cesar, temo que aunque la carta de Vm. es harto civil, se haga el negocio criminal y quiero asegurar a Vm. hazerle este servicio, que si me lo pagare tan mal como a él el suyo yo hago como quien soy. Vm. leyó de priessa o con passion la carta del ausente pues siendo una de las proposiciones della la desdicha de Babel Vm. la llama unilde simil, y quando lo fuera siendo de Torre de Gigantes y de uno de los mayores peca-

dos, y más castigados en el mundo, y de los más ponderados en historias humanas, y divinas no sé como le parece humilde simil, aun q.^{do} no procediera de soberbia, que es su opuesto la advertencia que Vm. haze al ausente del secreto que no entendió al escrevir este misterio. Se yo que la a de estimar porque es muy amigo de saber, aunque mirado bien y el propósito a que el la escribe parece todo uno y que así lo afirma Vm. pues al pie de tan docta explicación dice luego que las Soledades no van confussas, sino que la malicia las confunde en su mismo lenguaje con lo qual las escusa Vm. desta confussion, luego bien entendió que della le acusaban con solo apuntar la desdicha de Babel y lo q. Vm. entendio esso se dixo.

Demas que tan castigado fue de los que hablaban como de los que oyen, que entendiendo los unos que decian una cosa, los segundos entendiessen otra, y esto mismo a sucedido entre Vm. y sus oyentes y asi parece que la advertencia de Vm. es de menos importancia que deviera, respeto de la satisfacción con que la da, mas pase este descuydo con los otros y háganos Vm. med. de sacar a luz la miscelanea quadrilingüe que ofrece que es muy deseada, y e visto a muchos muy alborozados esperandola, porque de tal caudal nos prometemos un monstruo de erudición y agudeza. Si bien algunos con invidia esperan el que pinta Horacio o el parto ridiculo de los montes, y hablando verdad con Vm. no sé si es acertado divertirse a tantas lenguas porque el r'ó derramado, en braços enflaquece su corriente principal, y esso mismo dice el Philosopho del entendimiento atento a muchas cosas diferentes. Bien lo entendió Aristipo quando alavandole un hombre que sabia muchas cosas y diversidad de lenguas, dixo que no invidiava él a los tales, sino al que sabia mucho que como un estómago se corrompe con variedad de manjares, dexando de dixerir unos por otros decia él se ofuscava un entendimiento con diferencias de sciencias. Pero letrado a avido que jugava cañas sin que las letras se lo enbarazasen, de los cuales decia que no enbotavan las armas; y si un malicioso no glosara que esto se entendia que las letras eran pocas, no era mal texto pa. probar la composibilidad de estudios que Vm. a hecho a tantas lenguas diversas, que no dexa de hazerse dificultoso, porque como cada uno tiene tanto que saber, el que mas estudia en la estraña si llega a leerla con buena pronunciación y acentos haze harto; Si a entender algo della, mucho, y si a escribirla muchissimo, y todo esto no es mas que leer y escribir y deste término al de alcanzar la fuerza de las frases propiedad, y galanterias de la tal lengua, y lo demás necessario pa. componer en ella, bien sabe Vm. la distancia que ay, como sabe tambien que pocos o ninguno an escrito en lengua agena conceptos propios que merezcan nombre de Poema, o trabajo de importancia, que fragmentos sueltos, o traducciones muchos los an acometido, y pocos lo consiguieron con perfección mas esta miscelanea de Vm. a de ser el Plus ultra no conocido hasta aquí, y q.^{to} a la lengua griega buen principio le an dado Vm. y sus comentadores declarandonos lo que quiere decir aforismo y el Poeses tan repetido en sus escritos, que quien esto alcanza no lo ignora todo. Muy conocido es el gran trabajo que costaron a Vm. las Soledades como se le costó a los embajadores Samios la oración afectada y prolija que hizieron a Lavoto sabio capitán lacedemonio, y por no ser de importancia ella, ni el caso en que la hazian los reprehendió mucho del tiempo que en hazerla avian gastado como lo dice Herodoto y refiere Tácito, y bien cierto es que trabajó mucho en aprenderle el que metia garvanços por la boca estrecha de un cántaro tirandolos de lejos uno a uno, y admirado su Rey desta habilidad le mandó dar una hanega dellos pa. que la exercitase, q. sciencia tan importante no merecia menor premio mas no se sabe que otro le imitase en aprenderla hurtandole la invención. La de estas Soledades ya dice Mendoça que de oy en diez años parecerá

menos mal, mas en ambos fueros es tan peligroso creer vaticinios que aviendo muchas personas deseosas de que esto sea cierto no se le persuaden y no le de cuydado a Vm. que como las cosas que mucho se desean se temen mucho, de aquí procede la incredulidad, y bien se yo que debe a otros Vm. mas que a Mendoça, pues aunque en esto les falta fee tienen esperança en su profesia, y puesto que el termino della les parece breve, dicen que esta Soledad de Vm. a de ser como pasta de porcelana que enterrada cien años del ciento y uno en adelante suele ser de provecho. Lastima es que Vm. esté engañado dandose a entender que a costa de su trabajo a llegado nra. lengua a la alteça de la latina, y que en tenerse por inventor desta maravilla se halle consolado de los muchos en que le an puesto las Soledades, y si yo no quisiera bien a Vm. dexásele estar en este pensamiento que no se me a olvidado el chiste del que hallando loco a un her°, despues de una larga ausencia y que era su tema decir que el puerto de Lisboa y los navíos que en el entravan eran suyos hizo tanta diligencia en curarle que sanó al enfermo de que mostró mucho sentimiento, porque sano perdía el señorío de que en su imaginación gustaba estando loco, y agradeció a su her°. la voluntad y no la obra, mas yo espero que Vm. lo agradecerá todo pues todo es tan bueno, y mas vale que a solas haga yo a Vm. este servicio que esperar el suceso de Menócrates médico que aviendo acertado algunas curas el vulgo dio en llamarle Jupiter por la salud que dava, el llevado de la vanidad deste aplauso escribiendo al Rey Agesilao dixo Menócrates Jupiter Agesilao Regi salutem el qual sin ver mas que el sobre escrito de la carta respondió a ella, Agesilaus Rex Menocrati sanitatem. Y en verdad que en lo que Vm. tiene aprehendido en la imaginación podría verse mas peligroso que este médico, y tanto como el poeta que dando un libro al principe Antazidas preguntandole qué contenia aviendole respondido que alavanças de Hercules, replicó el principe que quien le vituperava? esso mismo podemos preguntar a Vm., pues nadie ignora que nra. lengua llega a la alteça de la latina. Y si Vm. es autor desta grandeça a de ser o por averla estendido tanto como alta, o por averla dado igual perfección. La extensión parece que tiene mayores fundamentos, porque como la q. tuvo la latina procedió de la extensión de su imperio en el qual era ella vulgar extendiendose gobernadores y ministros dél se extendió la necesidad de negociar en ella, a que ayudaron con mucha industria y acuerdo los Romanos, porque haziendose semejantes en trajes, costumbres y lengua sus vasallos les irían connaturalizando el dominio, que tanto se aborrece de extrangeros, procurando hazerle por arte tolerable, ya que era por naturaleza aborrecible y desta misma extensión del imperio español procedió la de su lengua, sin deverselo a Vm. de que no puede dudarse y asi viene a estar el engaño en atribuirse Vm. la perfección que le devemos, ésta se a de verificar con ombres doctos españoles, aquí ay mas que en otras partes, que aunque Mendoça los reduce a catorce pudiera acordarse de los Padres Pedrosa, Cerda, de Pedro de Valencia y otros hombres graves y doctos que no sólo los que an hecho versos públicos son capaces de materias tan graves y si entre todos juntare Vm. tres pareceres aprovando el suyo por el ausente doy palabra a Vm. que no le escrivira más sino que irá a gozar de la amistad que Vm. le ofrece de partido; que sin duda deven ser muy para goçarse el patinejo, la ama y la mula y las demas savandijas en quien livra Vm. el consuelo del aprieto en que le puso la carta del soldado. Y porque juntar tres votos y en ese lugar dirá Vm. que no es muy fácil, y se quiere usar de benignidad enbiando a Vm. aprobación del S. doctor Alderete canónigo de la St.* iglesia, quedará libre desta enfermedad que tantas vezes le sale a la voca. Y si por desgracia no pudiese Vm. acaudalar esta negociación ya que el S. don Ant.º en defecto de España acude a Italia

porque los doctos de aquella provincia aprueven las Soledades, junte Vm. de quantos ay en ella otros tres pareceres que no me he de volver atras. Y por que sepa Vm. con quanta seguridad me animo a esto quiero decir a Vm. que aviendo comunicado muchos ombres de los que en nuestros tiempos mas han florecido en academias italianas siempre les e oydo alavar y enbidiar mucho nra. lengua, no porque en ella estan escritos poemas de mas perfeccion que en la suya, que en esto ventaja nos hazen y lo conocen como nosotros lo devemos confessar, ni por tener dificultosa la construccion, y de periodos largos y intrincados sino por la excelencia de aver hallado cómo decir en una redondilla un concepto y a vezes mas sin necesidad de otra pa. acabar de esplicarle, y por aver adelantado tanto la perfección de los versos endecasílabos despues que se usan en España, que casi cada uno construyendole sin dependencia de otro haze sentido, y explica enteramente un concepto que en poesias italianas antiguas, y apenas en modernas la hallara Vm. y q.^{do} por la variedad se permitiese alguna particion del verso, buen exemplo tiene Vm. en Virgilio, que usa dellas las menos vezes siendo todos los suyos tan enteros y rodados, esta excelencia siendo de los mayores de nra. lengua la destruye Vm. con su nueva gramática, mire que lejos está de perficionarse con ella. bantantem.^{te} queda probado el engaño que Vm. padece, mas las presumpciones propias echan tantas raices, y yo deseo tanto persuadir a Vm. este desengaño q. le e de hazer otra demostracion, valiendome de lo que Vm. dice, que por ser suya se convencerá Vm. con esta raçon. dice Vm. que a sido el inventor de que nra. lengua llegue a la alteça de la latina a costa de su trabajo y aviendo de ser esto, obligación tiene Vm. de imitar y igualar a los principes della Ciceron y Virgilio por su camino cada qual, de ninguno dellos se a dicho jamas que es intrincado y confuso y de las Soledades lo dicen casi todos en general. Luego ya que imitan a la latina a de confessar Vm. que no llegan a su alteça pues son opuestas a los que tuvieron la mayor, y si ay otros autores latinos de obscuro y desabrido stilo que an sido bien admitidos escribieron tan misteriosos sus conceptos que se les puede perdonar la obscuridad y confussion, como quien toma una purga por el provecho que della espera, y como naturaleza en pocos sujetos junta todas las perfecciones a unos docta de facilidad de lenguaje; a otros de alteças de misterios y algunos de otras gracias, y asi son pocos los q. tienen no sólo todas pero ni algunas acompañadas, mas Vm. muchas a juntado en estas sus Soledades pues siendo ellas tan intrincadas y escabrosas, como Vm. y sus comentadores lo couocen son tan superficiales sus misterios que entendiendo todos lo que quieren decir, ninguno entiende lo que dicen. Y no es Vm. el primero a quien sucede pues llegando un amigo de Camoes a leerle un soneto, y preguntado que le parecia, dixo que no le entendia, y avioselo explicado muy despacio respondio Camoes que aquello entendió él que quería decir mas que no lo decia el soneto. y es dicha hallarse Vm. casos de tan gran Poeta pa. autoriçase en los suyos, y no quiero dexar de decir a Vm. que e oydo a muchos que no es perfección de nra. lengua hazerla tan semejante a la latina, que obligue pa. entenderla a preceptos de construccion dificultosa pues esto no es necesario, y solo es tomar lo peor de la latina y si della se ha originado, ya está tan adelantada que por si sola es capaz de escrevirse, y se escribe por diferentes modos de la latina y propios suyos que ya los a adquirido, y se los an hallado sus escritores, como los tiene la latina, y usa dellos sin guardar los preceptos de la griega ni asimilarse a ella, aunque le dió principio de la manera que muchos discípulos an excedido a sus maestros, y muchos amos de casas nobles crecido mas o tanto como sus troncos. No juzgue Vm. que digo sin fundamento que sus comentadores y Vm. couocen de las Soledades lo que todos,

pues en su papel lo afirma cada qual, Vm. imputando al ausente que uno de los defectos que en su carta opone a las Soledades es que Vm. no articula ni construye bien el romance, y pues con ella no ay palabras tales ni otras de que se pueda colegir, claro es que Vm. se lo conocía y le acusaba su consciencia pa. responder a esta objecion, y cierto es que Mendoça y el oráculo de sus corolarios conocieron lo mismo y la urgente necesidad de prevenir respuestas pues antes que saliessen en público las Soledades se apercibieron de comento, no enseñando ni repartiendo un papel sin otro y en esto le deve mucho a Vm. porque ya que se anticipó a manifestar las faltas, no se retiró de explicar los lugares mas dificultosos, como el instrumento de Arion, de Jupiter el ave y las demas.

El segundo valedor de Vm. da mayores muestras del conocimiento que tuvo desta flaqueça, pues aviendo recibido Vm. la carta del ausente y respondido a ella tantos dias ha aora lo haze su Md. de nuevo tan cuydadosa y tan menudamente, que manifiesta bien la necesidad que dello conocía tanto mas por la confesión y desprecio que Vm. y él hazen de lo poco que importa la carta del soldado la cual por esto no podia dar cuydado a dos varones tales, y así se ve que la tienen y la muestran, porque conocen de la obra que le ha menester, que a vezes huye el mal sin que le persigan. Vm. me dará licencia para creer que el Señor don Antonio no se movió a escribir en virtud solamente suya, que amigos tales no se encubririan a esto que tanta travaçon tiene entre los dos, y quando con poco primor no se alcançara el Mendoça no es de los mas callados secretarios. Y assi en algunas partes bien que encargando el secreto a los oyentes, a dicho que como Vm. no quedó con satisfacion de su primera respuesta a hecho la segunda en la Testa de ferro del Sr. don Antonio, mas no lo creo porque la carta mas parece suya que de Vm. y aviendo dicho que su edad y estudios no estan ya para estas burlas no avia de tornar a ellas, si ya no es q. no se puede contener de decir gracias como el otro poeta de hazer versos, quando por ello mas le castigavan. Pero si un ombre agudo puede consigo lo que un agudo y cuerdo, entiendo cierto que las décimas y sonetos, que andan por ay en raxon destas materias publicadas despues de su primera respuesta de Vm. son de otro, o por lo menos ya que no lo sean lo parecen.

Entre aora el epilogo que no querria causar mas con tan larga carta por lo qual conocerá Vm. que pudiera, o por hablar mas propriamente que deviera tener mas cuydado con lo que Vm. escribió temiendo el sucesso del Ruyseñor, que aviendo cantado con voz de gran sonido le cazó un philosopho, y como pelándole le hallase tan sin carne dixo tu no eres mas que voz y fuera de esto nada. Ya que Vm. es colérico y amigo de gozar en verso de su ingenio pudiera contestarse con tener buen nombre en las obras y cosas de fazecias o pensando tratar materias graves no aver gastado tanto tiempo en lo primero, y a este propósito aconseja Caton Senior que no se pouga gran cuydado, ni gaste mucho tiempo en las de risa, porque el hombre que esto hiziese, queriendo tratar despues de cosas importantes, también será ridicula, y burlado, y quien en una vida llega a perficionarse o tener buen nombre en una sciencia mucho haze, pues la mas breve es larga, y la vida mas larga es corta, y el que en una facultad alcança opinion en gran peligro se pone queriendo publicarse eminente en otra, pues no siendolo, o pareciendo igual en todo pierde. Homero y Virgilio fueron poetas heroycos. Horacio y Pindaro liricos. Juvenal y Marcial satíricos. Terencio y Plauto cómicos. Vm. y Merlin loquayo ridiculos, y aunque algunos dellos escrivieron juntamente otras cosas en diferentes estilos hizieron su principal profession en el que cada uno va nombrado. Y el autor de la Macaronea sintió desto tanto que aviendo hecho un

poema eroico y calificado en su academia por el segundo de Virgilio lo quemó, no queriendo sufrir otro primero. Y así escribió en el estilo macarrónico haciéndose en esto singular. Vm. lo pudiera ser ourrando a nra. España ya que que en ella no ay Solon que diga mal de Eriteo ni Platon que de Homero murmure y de Tucides, ni Licurgo que prohiba Poetas, aunque fuera bueno un Pretor que los reformara. Nro. siglo alcança a Vm. que puede autorizarle adelantandose siempre en el estilo que a empeçado. O si ya que pone los ojos en otro, junta el ingenio que Dios le dió con el estudio y juicio en que tiene bastantes años para estar muy aprovechado en nombre desta republica se lo suplico a Vm. por lo que a todos toca, y si yo consiguere md. tan general quedaré contento pareciendome que a mi patria y a Vm. les e hecho un gran servicio. Este a sido mi intento principal, y si no me he dado a entender, reciba Vm. la voluntad pues dado con ella uvo Rey que recibió, y agradeció un jarro de agua.

Al Sr. don Antonio beso las manos y le suplico tenga ésta por propia, y si por hallarse Vm. enbaraçado su md. uviere de responder a ella, o la quisiere comentar Vm. le pida que sea fielmente, porque será pesada reincidencia adulterar esta carta como la del soldado pues esto mas parece efecto de voluntad que de entendimiento, y para quedar conocido no es necesario ponerse en nuevos cuydados. Muy grande le tengo esperando la respuesta mas aguda y menos cuerda que Vm. promete al ausente. Suplico a Vm. me favorezca con ella, que sería lástima se malograra. M.^d 16 de enero de 1616.